

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



RIF: J-07013380-5

Edición Especial 82 Aniversario (2/2)

Papel Literario **82** AÑOS

FUNDADO EN 1943

DOMINGO 17 DE AGOSTO DE 2025

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papeliterario

ANIVERSARIO >> PAPEL LITERARIO CUMPLE 82 AÑOS

Experiencia del ensayo venezolano

Dirigido por Juan Liscano, el *Papel Literario* circuló por primera vez el 15 de agosto de 1943. Celebramos los 82 años con una consulta sobre el ensayo venezolano: experiencia, memoria, elogio. Participan 85 autores: 40 hoy, 45 la semana pasada

Leopoldo Tablante

El cuerpo de lo sublime

A la profesora y poeta Patricia Guzmán le gustaba someternos a prueba y a comienzos de ese año escolar, en 1991, nos dio a leer *El Dios de la intemperie*, de Armando Rojas Guardia.

Así que ahí me puse: en medio de aquella crisis entre vida clerical y deseo humano en la que una voz repara en su soledad y en la realidad de sus instintos para seguir creyendo en la bondad y en la belleza.

Dice: “No hay ninguna imagen, ningún lugar (ninguna topología concreta o simbólica) donde pueda en realidad abrigar la esperanza de detenerme. Solo la marcha es, en sí misma, sedentaria. Solo ella es mi hogar”.

El autor camina en su desierto propio e inevitable para conciliar las necesidades del cuerpo con los protocolos de la fe. Esa penitencia me aclaró más tarde la mecánica del ensayo como género literario. El propósito de Rojas Guardia parece ser aclararse la noción “de sentir en el amor”, parecido a como en el siglo dieciséis Michel de Montaigne reflexionaba y dudaba abiertamente sobre “la inconstancia de nuestras acciones”, “la conciencia” o aun “la necesidad de mentir”.

La motivación de Rojas Guardia es profunda y sencilla. “Esperar, al fondo, una Inmensa Compasión, una Ironía redentora, misericordiosa”. “Ironía” traduce aquí el paréntesis de amor que lo exima de juicio ante la realidad de que su cuerpo y sus placeres se funden con su fervor místico. “Alguna vez comprendimos,

atisbamos resplandores que luego no pudimos, no podemos traducir, y que por eso mismo olvidamos”. Lo sublime, pensaba María Magdalena, no sería perceptible sin la corporeidad del ser de carne y hueso que lo experimenta. Rojas Guardia suscribe la misma idea cuando afirma “que también las almas tienen tacto y pueden tocarse”. Después de todo, los relatos religiosos son, entre otras cosas, actos de imaginación moral con que la humanidad que desea y percibe se despoja hacia la trascendencia.

Aquí estamos, comprobamos y comprendemos, en primer lugar. “Lo físico y lo moral son inseparables. Hay que ver las cosas tal y como son”, dice Jean Louis Trintignant en su famoso diálogo con Françoise Fabian en la película *Mi noche con Maud* (Eric Rohmer, 1969). En palabras de Rojas Guardia: “¡el cuerpo es la música sonando!”; o “pudo ser, pues, en todos estos instantes deshilvanados del asombro: allí conocimos, en rapidísimos fulgores, dimensiones abiertas, puertas que dan a una llanura, comarcas de lo real que hablan de que acaso haya niveles desconocidos a los que accederá nuestra vida transformada”. La materialidad deseante implícita en *El Dios de la intemperie* –con sus puertas abiertas hacia las emociones o la fe– advierte que la transformación (la sublimación) depende de la vitalidad con que nuestra presencia nos revela el fenómeno de las promesas y despeja el albedrío de creer.

Keila Vall de la Ville

Una nota escrita hacia atrás

Lo que nos es legado es lo que de la herencia está en falta, lo que a la herencia le falta
Gina Saraceni

Los ensayos de Gina Saraceni que originan esta nota, ensayos viajados desde Venezuela, subrayados y marcados, de esquinas dobladas y notas adhesivas en asombro punzante, reposan en mi escritorio de Nueva York mientras escribo desde otro lugar, no llegaré a ellos antes de esta entrega. Luego de la inicial, muy lógica y causal preocupación por la falta, hallo auspiciosa esta (im)perfección: es llamado a “romper devota la herencia”, trabajar a partir de mis escasos apuntes y memoria incierta, con mis fantasmas, desde el encantamiento. Esta será, me digo, una nota “escrita hacia atrás”.

El trabajo de Saraceni sobre la herencia punza mi alma desde el primer día en que abrí las páginas de *La soberanía del defecto*, edición en cuya portada la “c” de “defecto” aparece al revés. La herencia como reafirmación y reactivación del pasado en el presente mediante un acto de traición: no dejar el mandato intacto, “interrumpirlo, ejecutarlo, traicionarlo, transformarlo como modo de serle fiel”, interpela mi propia genealogía catalana, francesa, polaca y venezolana a la que me apego siempre perdiéndola; un legado conocido apenas parcialmente, perdido en altamar y carreteras, historia llena de vacíos reactualizados en tiempo presente, en el hacer, ser y decir. El espectro del ausente responde mis preguntas. Así mismo soy causante de una memoria defectuosa. La identidad de mis hijos de madre migrante está dividida entre dos lenguas o traduce al instante cada contenido que ofrezco, yo misma legando precariamente un pasado que invita una nueva traición. Con Saraceni: “solo se recuerda en una lengua y la memoria es el modo como esa lengua suena”, de manera que traduzco lo intraducible en cada estación del legado. Mi espectro los ofrecerá también una historia defectuosa, porosa



GINA SARACENI / ©VASCO SZINETAR

y filtrada. La abrazarán para reactivarla perdiéndola. La aproximación de Saraceni (en genealogía con Derrida y Benjamin) al pasado como “proceso que se realiza en el presente y tiene lugar en el momento de su rememoración”, como actualización constante a través del espectro, reaparición de lo que dejó de estar pero que sigue estando, me interpela como heredera, causante, y porteadora de mi propio legado: dejo piedritas en el camino para poder volver a esa que fui, ya no seré, sigo siendo. Este pasado vivo re-creable, me lle-

va a el tiempo no-occidental, mítico, serie de eventos simultáneamente accesibles, re-actualizables y re-creables a través del rito, el relato, el procedimiento. Nos pensamos modernos de tiempo lineal, eventos emplazados y concatenados siempre nuevos y distintos sobre un vector “hacia adelante”. Libera y es inevitable la convivencia con el pasado, su re-creación, el pasadizo encantado. Emociona saberse fiel a la herencia fracturada, la historia verdadera oblicua y viva, desentendida de toda mayúscula. Dar al espectro el lugar que merece.

Laura Margarita Febres

Un encuentro inspirador

Como muchos de los eventos que ocurren en esta vida a los cuales no podemos encontrar razón ni justificación aparente, quiero expresar que mi encuentro con el ensayo venezolano, no provino al principio de una decisión personal o de un conocimiento previo del corpus inmenso y riquísimo al cual luego me enfrentaría. Sobre todo, he estudiado a la generación de ensayistas de los primeros cincuenta años del siglo XX y me perdonan todos los demás a los cuales no he dedicado unas líneas.

Después de terminar mi pequeño libro *Perspectiva crítica sobre la obra de Teresa de la Parra* estaba convencida de que mi campo de estudio en la literatura sería la novela y que nadie podría desviarme de esa elección. Pero cuando inicié la búsqueda de un

tutor para la tesis de maestría en la Universidad Simón Bolívar alrededor de 1981, el profesor Arturo Ardao, especialista en el pensamiento de América Latina al cual admiraba por sus condiciones personales y éticas, me dijo que si no era pensamiento latinoamericano no podía trabajar con él. Y que me proponía tan solo tres autores si quería hacer la tesis: José Enrique Rodó, José Martí o Pedro Henríquez Ureña. Ante mi propuesta de por qué no trabajábamos un pensador venezolano, me contestó que su cátedra era el pensamiento latinoamericano y que para ello existían otros especialistas que me podrían asesorar.

Rápidamente le dije, profesor usted ha escrito mucho sobre Rodó, sobre José Martí se han escrito ríos de tinta en Latinoamérica, el que creo que

se conoce menos es Pedro Henríquez Ureña, así que trabajaré sobre él.

Confieso que en ese momento habría leído dos artículos de Pedro Henríquez Ureña, lo conocía muy poco. Comenzó entonces un largo viaje lleno de obstáculos que empezó con la búsqueda de la primera edición de sus obras completas en Santo Domingo, República Dominicana que en ese momento no había agregado cultural que me pudiera traer a Venezuela. Tenía una hija que no había cumplido un año y mi papá me dijo que su mamá nunca lo había abandonado y que cómo era capaz de dejarla sola en Caracas. Como consecuencia dejé el pasaporte y gracias a mi hermana Carolina Febres quien perdió una cita médica, me llevó el pasaporte a Maiquetía, pude abordar el avión.

Con uno de los dos trabajos sobre Pedro Henríquez Ureña, *Transformación y firmeza. Estudio multifocal de Pedro Henríquez Ureña* ganó una mención en el Concurso que patrocinó la OEA en el centenario de su nacimiento en 1984, entré en el mundo del ensayo, estudiando a los hijos de la Generación del Centenario mexicana José Vasconcelos, Antonio Caso y Alfonso Reyes entre otros. Creo entonces que gracias al estudio del gran dominicano, me enamoré de Alfonso Reyes ya fallecido y a ratos quería que la tesis fuera sobre él, sentimiento irracional de mi parte que no merece para nada la obra de Pedro Henríquez Ureña.

Algo parecido me sucedió cuando empecé a trabajar a Mario Briceño Iragorry y las luminarias en el campo del ensayo que lo acompañaron la Academia Nacional de la Historia en Venezuela cuyos discursos de incorporación estudio en mi libro *La historia en Mario Briceño Iragorry* co-

mo César Zumeta, Augusto Mijares, Enrique Bernardo Núñez, Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas, de quien también me enamoré, pero continué trabajando disciplinadamente al autor trujillano.

Creo que ese pensar del ensayista sin estar seguro de que tiene la razón y tratar de hacer partícipe al lector de la indagación sobre la que está escribiendo es lo que más me ha atraído del ensayo durante tanto tiempo. Esa duda de la existencia de certeza en tiempos de totalitarismo cuando muchos creen que su verdad es la única, pienso que mantendrá vigente al ensayo venezolano y latinoamericano por mucho tiempo.

Tanto Pedro Henríquez Ureña como Mario Briceño Iragorry amaron a estas frágiles repúblicas e intentaron proponerles soluciones para su futuro con la convicción de que quedaba un largo camino por recorrer. Sin duda hay que intentar leer un poco a los ensayistas mencionados.

Lourdes C. Sifontes Greco

Recuerdo las preguntas que Iraset Páez Urdaneta se hacía, en cierto ensayo a fines del siglo XX, sobre el significado de algunas tendencias políticas, del conocimiento y de la cultura. Resuenan en mí al leer las noticias, al asomarme a las redes sociales o al sorprenderme ante quienes no manifiestan ninguna curiosidad frente a una palabra que no conocen. Siguen vivas, como corresponde al recorrido en el que todo buen ensayo despliega, según Virginia Woolf, esa cortina que rodea al lector.

Evoco también aquel paseo de Juan Liscano por el “Poema conjetural” de Borges en el que entreteje las distintas visiones de la emancipación, reconoce la imposibilidad de “geometrías sociales perfectas” y conmueve, además, mis raíces venezolanas y argentinas...

Sostenía Santiago Kovadloff que el ensayo no presume de certezas: “es una invitación a la convivencia analítica”. Su huella es compañía, creación de un encuentro en el que dudas, indagaciones, tropiezos y hallazgos convierten el pensamiento en itinerario compartido: asentir, disentir, descubrir, cuestionar y reconsiderar se hacen conversación en la lectura. Como cuando nos topamos con la intensidad crítica de Juan Nuño, cuando Ildemaro Torres ilumina las profundidades del humor, cuando Rafael Tomás Caldera ensalza el há-

bito de releer o cuando un conternado Uslar Pietri, décadas después de su desoído consejo, escribe “Sin sembrar el petróleo”.

Decir “ensayo venezolano” despierta un aluvión de títulos y firmas que escapan al alcance de estos párrafos. Y aunque nuestro caudal ensayístico en arte, literatura, filosofía y otros ámbitos merece un extenso tributo, hoy, quizás por vivir en la Venezuela de estos tiempos, mi mapa personal elige (¿exige?) mencionar algunas de las voces que, buscando caminos para la comprensión diacrónica y sincrónica del país, ofrecen la lucidez conjunta de razón y sensibilidad. Advertía Picón Salas que la historia no es documento inerte ni contraposición radical entre épocas doradas y eras oscuras. En nuestros ensayistas se enlazan las miradas de un conocernos y reconocernos en ese sentido. Y después de aclarar que muchos nombres ausentes vibran aquí entre líneas, sencillamente agradezco las páginas de Domingo Milián, Luis Castro Leiva, Elías Pino Iturrieta, Ana Teresa Torres, Susana Rotker, Rafael Fauquie, Rafael Arráiz Lucca, Gisela Kozak, y las de todos los que exploran la narratividad de nuestra historia, el rol de la memoria, nuestros mitos, la civilidad, el mesianismo, las utopías, las nostalgias colectivas, el intento de explicarnos y los problemas de un entorno en el que

a veces naturalizamos lo que no deberíamos... Ensayistas que han sido y son narradores, poetas o investigadores, cuyo abordaje cuidadoso de pasado y presente demuestra que la rigurosidad no implica rigidez: la buena prosa se hace voz poética, charla enriquecedora, discusión fructífera en silencio, estímulo para otros debates y escrituras.

Tampoco puedo dejar de rozar la reflexión sobre la palabra: la defensa de la conciencia lingüística de Picón Salas, que hermana propiedad y fuerza creadora; los retos de la literatura ante las comunicaciones audiovisuales y metaverbales, revisados por un Liscano que parecía anticipar el mundo de hoy y que dialoga con el Rafael Cadenas que escribe, entre sus cavilaciones de distintas épocas sobre la necesaria recuperación de la lengua y la lectura en la educación, que “la lengua (...) está más cerca de nuestro ser que cualquier otro instrumento”.

En fin, la palabra: hacedora de espacios, de identidad, de sueños. De ensayo y pausa entre las prisas del mundo. Decía Ida Gramcko, en ese discurrir insondable que es su *Poética* (texto *centauro* indiscutible), “el verbo balbucea pero cimenta magnitudes”. Y en el universo del ensayo venezolano, la invitación del verbo funda la magnitud del abrazo y la corresponsabilidad reflexiva.



MICHAELLE ASCENCIO / ©LISBETH SALAS

Lourdes Graciela Fierro Bustillos

El lago Parime descubierto (1990)

Esta Época planetaria de la historia de nosotros, los terrícolas, se inauguró con el alunizaje del Apolo en 1969..., y ya nos envuelve. Lo por descubrir aguarda en el infinito. Un ensayista caraqueño se destaca como descubridor: Charles Brewer-Carías (1938-la eternidad), fervoroso explorador y amante de esta Venezuela donde quedan aún espacios con débil implantación social (Carrera *et al.*, Cendes, 1982). Las más de 250 expediciones de Charles Brewer preparan esos espacios para una mayor, y sana, presencia de esta sociedad en su territorio. Como siempre desde 1500, sufren descubridores y descubiertos en este proceso. Estas líneas no tratarán de hazañas *brewerianas* que penetraron la roca madre de la Tierra, ni de otras donde presta su apellido a cuevas, nuevas especies y bichos rarísimos. Y, como descubrir es, además, declarar lo descubierto, Brewer-Carías lo comunica generoso pues va dejando informes, fotografías, mapas, libros, opiniones..., suficiente prueba de su talante ensayista. Su obra está al alcance (charlesbrewer.com) y su hija la difunde con juvenil sabiduría (karenexplora.instagram).

De sus descubrimientos, me interesa en particular el del Lago Parime (1990), acerca del cual anduvo por ex-

tensas bibliografía y geografía hasta descubrirlo en el sur del sur de Venezuela, elevado a 600 msnm, ya seco después de algún lejano cataclismo. Su fondo de 250 Km de largo por 50 Km de ancho debió estar cubierto de agua en tiempo tan lejano como 1,7 billones de años; varias sierras lo bordean: Unturán, Tapirapecó, Parima y los casi 3.000 m de altura del Neblina.

La prueba de este descubrimiento “breweriano” luce pueril: el enorme ciempiés que muestra el mapa de Walter Raleigh (ca. 1596), perdido durante dos siglos y medio, y el otro, borroso, que se adivina en una primera fotografía aérea de las muchas aportadas por Brewer. La semejanza entre ambas imágenes proclama el descubrimiento del lago Parime por Brewer quien siguió la información que dieron los indígenas al gran Antonio de Berrío (Segovia 1527 – San Tomé de Guayana 1597) a quien Raleigh retuvo en Trinidad hasta copiar la información de sus expediciones buscando El Dorado, y luego liberó. Raleigh no incluyó este mapa en su *Discoverie* (1596): lo ocultó celosa Isabel I, la reina británica, por considerarlo secreto de Estado. Nuevas imágenes y pruebas se van sumando. Me resulta inevitable emocionarme y agradecer.

Luis Mancipe León

Aunque Dios no existiera la Religión sería Santa y Divina de todas maneras. Dios es el único ser que para reinar no tiene necesidad de existir.
Charles Baudelaire

Cuando era niño creía con fervor e inocencia. Recién superados los 7 u 8 años mi hermana me habló del Big Bang. *¿De verdad crees que Yahvé hizo el mundo en 7 días?* Se puso a hablarme de la nebulosa, el cúmulo de materia, su estallido energético y nuestra absurda, azarosa existencia: la evolución. Esa tarde se me agrietó la fe. Cuando nos encontré, a mí llorando y a ella riendo, mi madre la regañó, naturalmente. Hace poco, entre vinos, recordábamos esta anécdota y mi hermana me confesó: *Lo hice para que no terminaras siendo un cura*. Ciertamente, de niño, mi deseo más grande era estar cerca de Dios, y tenía vocación.

Igual, me considero católico *-de formación*. Es una fortuna haber crecido en el más pagano de los monoteísmos, el que admite divinidades femeninas, y uno puede encomendarse a cuantos santos y patronas precise. Pero cuando entro a una iglesia *-hoy lo hago exclusivamente por compromiso o goce estético-* me resulta inevitable sospechar que esa arquitectura no es más que una

arbitrariedad circunstancial. Fuera de la Conquista, la imposición de la cristiandad, la abolición, prohibición o asimilación de dioses griegos y romanos, incluso africanos e indígenas, ¿qué hace a la religión católica más verdadera que otras?

Hubo un libro que me ayudó a comprender mejor mi situación: *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos*, de Michaelle Ascencio. Llegó cuando ya había pasado la veintena de años, y me regaló esta perla de concepto: “el catolicismo de fachada”. Sí, entre mi familia y amigos muchos vamos a misa solo cuando alguien muere, o cuando se casa, si hay un bautizo..., jamás se confiesan, comen carne en Semana Santa y rara vez se confirman. Entonces, salvando a mi madre, mi abuela y algunas amistades, la fe católica de mis círculos no era más que un *por si acaso*. Yo mismo no me atrevo a decir que *no creo*, solo que *no creo así*.

Deus sive natura.

Celebro que Francisco, en su agonía, intercediera por la canonización del doctor José Gregorio Hernández, pero él ya era santo y cumplía milagros antes de que el Vaticano lo admitiera.

Leonardo Rivas Lobo

Virtud de un catalizador

Cuando pensé en la palabra *ensayo*, agitar esa rama me condujo a *catalizador*; cavilar sobre la asociación de un término con el otro y su equidistancia con la pregunta: ¿por qué me importa el ensayo venezolano? Es hablar sobre mi experiencia con esas lecturas (páginas leídas con la presión y el rigor que fomenta la academia, aunado con el ocio y la silvestre intuición que se halla fuera de ella). Los párrafos que recuerdo (aquellos a la que volvería y vuelvo) son los que me han hecho comprender que si bien, muchos ensayan, no todos lo hacen con la soltura propia de alguien que domina su oficio: escribir sobre una inquietud cualquiera (lengua tensada sobre abismos aullantes) y desencadenar una marea de pensamientos en los lectores.

Procuré mantenerme en la diacronía del siglo XX (cauce predecible para leer ciertas ondas), y así pensar a los que ya no ensayan más, dejando tranquilos a los que están ensayando ya, sin reflectores incómodos. Más allá de Mariano Picón Salas y su prosa memorial, que conjugó tantos tiempos en una página; propongo otros catalizadores que hacen que me interese por el ensayo venezolano, su difusión y vigencia: Teresa de la Parra y su conferencia *Influencia de las mujeres en la formación del*



JULIO MIRANDA / ©VASCO SZINETAR

alma americana (¿un ensayo público?) dada en Bogotá; Julio Miranda y la minucia con la que habló sobre el poema en prosa en Venezuela, las *voces en el espejo* y el *gesto de narrar* (tres prólogos en tres ediciones que demuestran un oficio de lector y crítico, con cifras para analizar más allá de la palabra a la literatura venezolana del siglo XX); Francisco Rivera y su búsqueda sin fin; Octavio Armand y esa escritura *contra la página* (ensayos que ensayan reunidos) que expone y deforma ideas como regates para sortear muros. Asimismo, quie-

ro leer los ensayos de Andrés Mariño Palacio, Ida Gramcko, Victoria de Stefano y seguir leyendo los ensayos del profesor Luis Moreno Villamediana (como “La utopía literaria de Victoria de Stefano”).

Estos son algunos ensayistas, que para mí, poseen esa virtud catalizadora que nutre a cualquier lector/escritor; leerlos es ensayar con ellos y esa cercana impresión no abunda en estos tiempos. El ensayo venezolano es otro gran acervo que debemos cultivar, defender y difundir, porque esas señas también nos (d)escriben.

Luciana Kube Tamayo

Aquiles Nazoa siempre ha sido iluminador en los momentos más importantes de mi vida. De adolescente, entre los textos que disfrutaba recitando de memoria estaba su “Credo”. Lo veía impreso en las ferias del libro, en los pasillos de la universidad, en la casa de mis amigos. Era omnipresente en la Caracas de los años noventa.

Nazoa me recuerda muchas cosas de la vida sencilla y de una mente brillante como la que también tenía nuestro pintor Armando Reverón, con el que siempre lo relacioné. De hecho, cuando fui al Castillete, la Casa Museo, antes de que la sepultara la tragedia de Vargas, sentí que Nazoa caminaba a mi lado y que las muñecas de sus textos vivían en las de Reverón, que me rodeaban en aquel espacio lleno de una magia tan especial.

El compositor Federico Ruiz, con quien compartía a menudo en el Conservatorio Simón Bolívar, compuso

su ópera *Los martirios de Colón* con texto de Nazoa. Todas las veces que vi esta ópera, interpretada por grandes amigos y maestros, encontré tanto humor, inteligencia e ironía, que podría verlo muchas veces más y siempre encontrar algo insólito.

Me fui a vivir a España y el libro que no dudé de llevar siempre conmigo fue *La vida privada de las muñecas de trapo*. Es un texto que me lleva a lo mejor de mi ciudad, de mi país y de mi pasado. En los días más difíciles, en los más fríos, leerlo me trajo los olores, colores y sonidos que mi alma pedía con suma urgencia imaginando “el lenguaje de los pájaros” con el que habla la mamá de Mateo Manauere. También al leer una y otra vez su *Caracas física y espiritual* me doy cuenta de que esas “intimididades tiernas” con las que dice “nadie se reconoce” según Nazoa, son precisamente aquellas en

las que todos nos reconocemos.

Revisitar al poeta del pueblo, con todo su humor y su amor, renovó una y otra vez mi capacidad de creer y a la vez asombrarme. Esto proviene del hecho de hacer visibles (y audibles) esos rituales cotidianos que nos conforman como venezolanos con una agudeza y una intuición asombrosa, con una cercanía que hace al poeta eterno, atemporal e íntimo. Definitivamente imprescindible.

Leerlo es siempre reconciliarme con la forma en que nos expresamos, con nuestra lengua vernácula. Por eso lo experimento como una referencia en mi imaginario “poblado de recuerdos”, pensamientos y emociones más profundas, donde encuentro la inspiración para cantar, escribir o bien para seguir indagando en nuestra esencia venezolana.

Luz Marina Rivas

Cuando pensamos en el ensayo venezolano, el imaginario se puebla de múltiples nombres masculinos. Quiero reconocer, sin ser exhaustiva, las importantes voces femeninas del ensayo académico: Beatriz González Stephan, María Fernanda Palacios, Judit Gerendas, Laura Antillano, Milagros Mata Gil, Ermila Troconis de Veracochea, Inés Quintero, Michaelle Ascencio, Mariantonia Palacios, Mirla Alcibiades, Paulette Silva, Cecilia Rodríguez Lehmann, Aura Marina Boadas, Mariana Libertad Suárez, Carmen América Affigne, Gisela Kozak y tantas otras, que desde el rigor académico nos han revelado una Venezuela pensada desde la óptica de las mujeres. Hay también un cultivo del ensayo libre, ese que implica profundamente al yo que escribe, como lo han hecho Elisa Lerner, con textos que reúnen la crónica con el ensayo; María Elena Ramos, con sus indagaciones sobre el arte, como las de *El libro de la belleza. Reflexiones sobre un valor esquivo* (2015) o el poético ensayo sobre mirar y ser mirado en el arte en *Elocuencia de la mirada*, de Marina Gasparini (2025), y de nuevo, Gisela Kozak, ahora desde *Letras libres* en México, analizando los cruces entre feminismos y política.

Me detengo en Ana Teresa Torres, autora de ensayos importantes sobre la literatura venezolana, la condición femenina desde la psicología y reflexiones sobre la creación litera-

ria. Como lectora, me ha impactado especialmente su obra iluminadora *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución bolivariana* (2009). Es un magnífico ensayo sobre la construcción del héroe de la patria encarnado en la figura del militar, del caudillo, heredero de la figura venerada de Simón Bolívar. La gran obra inconclusa del Padre de la Patria se relaciona con un duelo irresoluto, nos dice la autora, lo cual ha causado que los gobernantes autoritarios hayan querido apropiarse de la utopía de Bolívar. Así, históricamente el país ha transitado múltiples revoluciones en pos del futuro prometido pero inacabado que nos dejó la Independencia. Esta comprensión es fundamental para pensar con la autora sobre quiénes somos los demás, los civiles: “¿Somos, quizá seres fuera de la patria, admiradores que presenciamos la Historia con mayúscula desde bastidores? ¿Qué nos incluye, pues, si la historia pareciera ser sin nosotros?” Este ensayo ha sido clave en mi trabajo para comprender la construcción de las masculinidades en la literatura venezolana, el patriarcado persistente, la violencia que nos aqueja, para explicar esa obsesión por el pasado que parece alejar un futuro civilista que nos acoja a todos. Como psicóloga, Torres nos invita a hacernos conscientes de los atavismos colectivos. Es el primer paso para sanarlos.



RAMÓN JOSÉ VELÁSQUEZ / ©VASCO SZINETAR

Margarita López Maya

Ramón J. Velásquez:

hacer y contar la modernización venezolana

María Elena Ramos

este ensayo que somos...

La existencia del *Papel Literario* es en sí una historia del ensayo breve en Venezuela. Más aun, podemos ver al *Papel* como un amplio *ensayo* general del país, como historia viva, un espacio para explorar lo que somos, tanto en acto como en pensamiento.

Muchos buenos ensayos (de autores como Picón Salas, Lerner, Rojas Guardia, Violeta Rojo, Susana Rotker, Montejo, entre tantos otros) actúan como síntesis o fragmentos prodigiosos *desde y sobre* lo que somos. Y el *Papel* es en sí mismo un ensayo de aproximación –ética, estética, política– tanto a los procesos de nuestra realidad como a los procesos de la creación artística. Aproximación, pero también distanciamiento, pues enfoca tanto los impactos sensoriales como las estructuras mentales que el ser humano pone en su relación con las cosas (cosas de la *memoria*, de la *identidad*, del *sentido*, de la *verdad*, de la *justicia*, del *tacto* y de la *visión*, cosas de la *belleza*).

El ensayo breve, del que se nutre el *Papel Literario*, aporta potencial de apertura desde un escrito acotado y finito; incluye lo personal y lo regional en lo universal (pues habla de lo otro y del mundo pero se escribe desde un yo, una región y un tiempo). Es herramienta humanística en esta época marcada por la inmediatez, lo

desechable, las soledades individuales, la invasividad de las tecnologías, de los mercados, de los autoritarismos políticos.

En su *papel* de ensayo, el *Papel Literario* ha cumplido también esa función hermenéutica del lenguaje que, como señalaba Gadamer, sabe hilar el horizonte del pasado y del presente. Está escrito sobre lo actual pero también sobre lo ya vivido, ese pasado que el lenguaje *ensaya actualizando* (y *actualiza ensayando*) sobre problemas que nos siguen tocando. Y cuando un ensayo nos toca en verdad, convierte cosas y sucesos en palabras que hacen sentir y en ideas que hacen pensar. *Toca* al ser pensante y al ser sensible del lector.

Durante estos ochenta años el *Papel Literario* ha sabido mantener y revivir tanto su capacidad de interpelarnos como la de dar respuesta a algunas preguntas que el ser humano –y el país, el medio cultural, y los lectores del *Papel*– vivimos haciéndonos. Aporta así novedades pero también convoca valores *eternos* del humanismo, esos que, aun pareciendo a veces sofocados o perdidos, siguen existiendo en algún lugar que la palabra puede iluminar, activando incluso el sentido de este otro, más difícil, ensayo de vida que estamos siendo.

Para quien busque comprender las claves de la Venezuela del siglo XX, los escritos de este tachirensis excepcional son de obligatoria lectura. Cumple Velásquez con una regla de oro del historiador de la modernización: estar siempre atento a actitudes y percepciones del pueblo llano. En “Aspectos de la evolución política en Venezuela en el último medio siglo” (1976), resaltó cómo el pueblo a la muerte de Juan Vicente Gómez, “empieza a caminar...”. En alguna ocasión le leí o escuché otra frase: el pueblo salió a la calle y ya no regresó a sus casas...

Velásquez tuvo una gran pluma. Su condición de periodista e historiador le permitió situarse en distintas perspectivas temporales, pudiendo registrar en el presente hechos con potencial histórico, e intuir la dirección que llevarían. Velásquez tuvo, además, el privilegio de ser testigo y actor de un sin número de eventos históricos a lo largo de su vida. Nacido en el Táchira, se vino a Caracas con un bagaje privilegiado para entender la hegemonía de sus paisanos. Y no dejó de luchar para que Venezuela dejara atrás esa etapa de su devenir.

La caída del liberalismo amarillo (1972) me parece un libro imprescindible para entender el autoritarismo patrimonial de los generales Castro y Gómez. Un hastío del pueblo hacia los políticos y sus interminables rencillas, que no puedo sino comparar con los tiempos actuales, desdibujaron entonces las posibilidades de una república democrática para Venezuela. Como aquellos partidos amarillos del siglo XIX, los de hoy también olvidan que la política está al servicio del bien común, y no de sus aspiraciones grupales o personales.

En *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, Velásquez maneja los rasgos del régimen patrimonial que pautó la res pública en tiempos de tiranía andina. Se imagina al dictador explicándose cómo una nación se puede manejar igual a una hacienda, a una que le pertenece. No muy distinta parece ser nuestra tiranía actual, manejada como patrimonio de un puñado de familias, socios y amigos. Nuestros retrocesos nos acercan a un pasado penoso.

Fue Ramón J. Velásquez premonitorio luego del golpe de Estado fallido de 1992. En su oficina del Capitolio, comentó a unos jóvenes que indagaron sobre su parecer, en medio de la euforia por el: “Desafortunadamente *por ahora* no hemos alcanzado nuestros objetivos”. Dijo: “Alguien levantó las tapas del infierno, donde varias generaciones de venezolanos, al costo de exilios, cárceles, muerte y tortura, habíamos encerrado en 1958 los demonios del militarismo”. Y añadió: “¿Cuántas décadas les llevará a ustedes volverlos a encerrar?”. Llevamos ya dos.

María Antonieta Flores

Hanni Ossott, memoria y trascendencia



EUGENIO MONTEJO Y FRANCISCO RIVERA / ©VASCO SZINETAR

Hay en la mirada de Hanni Ossott diminutas fracturas, pequeñas rasgaduras que son expresadas a través del poema y de su escritura ensayística. A través de esas rendijas, la luz se manifiesta, aunque nos aproxime al abismo. Esto lo pienso con mi ejemplar de *Memoria en ausencia de imagen. Memoria del cuerpo* (Fundarte, 1979) en mis manos. Con una escueta y rápida dedicatoria de su autora, mi vieja, gastada y subrayada edición expuso ante mis ojos y verbalizó muchos aspectos que presentía sobre la poesía. Fue una lectura de formación y, también, de confirmación. Este libro esencial me permitió configurar mis presentimientos en torno al quehacer poético. Al mismo tiempo, abonó mis búsquedas estilísticas y estéticas de mis escri-

tos en prosa. Aproximarme al ensayo siempre ha significado encontrar no solo las ideas sino alguna manifestación de la belleza en el decir, el ritmo y la pausa, la respiración.

Gracias a este libro, la idea de la obra como un trabajo paralelo al vivir ha guiado mi escritura. Sus reflexiones sobre el desierto, la herida, el cuerpo, el *pathos*, el eros se desprenden de una tradición donde lo simbólico construye una visión de mundo habitada por el sentido de trascendencia. Escribe Ossott: “En el espacio de la obra y en el movimiento de la vida el peregrino conquista la palabra que presiona para el ejercicio de la distancia y que le anuncia lo imposible, el eterno vaso sin fondo bebido en el éxtasis”. Curiosamente, lo menos que recuerdo del libro es lo referente a la memoria, tal vez porque el libro está marcado por

la necesidad de hacer alma en la escritura, de ahí su exploración de la herida, del desierto.

Esa luz que se desprende de sus palabras como un impulso, es una flecha que sale del arco en busca de trascendencia, una mano que se extiende hacia lo invisible con el deseo de encontrar el lugar donde habita el poema. Quizás consciente de su intensidad, muchas veces optó por los ensayos breves, certeros al primer disparo. Siempre he agradecido su brevedad. La contención que desarrolla. En ciertos momentos y, en especial, cuando la brújula se desorienta, puedo recordar o releer lo que la poesía le fue revelando a Hanni Ossott y que ella, a pesar de lo incommunicable que es esta vivencia, pudo exponer en sus ensayos con generosidad.

Luis Moreno Villamediana

El ensayo es un género salvaje. En “De la presunción”, Montaigne escribe: “mi francés está adulterado (...) por la barbarie de mi terruño”. La anomalía está en la lengua y en el género: lo que hace el mismo Montaigne se desvía de los tratados clásicos y las exégesis de la Edad Media. Hay una óptica de antemano airada, descompuesta, arbitraria que reacomoda la tradición y aporrea sus iconos –o crea su propia teratología. Su tierra natal es un laboratorio.

Con “Los sertones: La composición secreta”, Miguel Ángel Campos confirmó esa competencia. Su comienzo: “no es tanto un libro como una monstruosidad”, impulsa un desarrollo que dispensa el carácter regional de la obra de Euclides da Cunha, aunque ve en ella la patología de una cultura: más allá de la revuelta mesiánica de Antônio Conselheiro en el territorio nordestino, Campos rastrea en *Os sertões* los elementos biográficos del autor sufrido y sin concierto, el descalabro del saber acumulado, la inoperancia del positivismo, las cuitas hechas escenario. En su escritura, la sociología y la historia son ramas de un testimonio laxo que elude el dispendio del Yo sin abjurar de lo más personal. Como dijera Campos de Octavio Armand, se trata de operar desde “la confidencia encriptada”. De ese procedimiento surge un museo de leyendas opacas.

Mi barbarie es parejamente temeraria. Si el Brasil de Miguel Ángel Campos se baliza en un mapa cifrado y mercurial, mi Cuba está en un atlas fantástico. Allí, Martí 918 es una dirección de Santa Rosa de Lima, porque los ensayistas que me interesan más recurren a la “autarquía de la imaginación”, como Campos señaló de Da Cunha. Son los civilizados que no renuncian a la antropofagia y leen mal los planisferios. Viven, además, en el exilio, casi translúcidos. Octavio Armand está entre ellos. Su “Lezama Lima o la muerte de Narciso” rearma sus efigies: Zequeira, Martí, Juan Manzano. En ellos se percibe también la enfermedad: Zequeira juraba que su sombrero lo volvía invisible; Martí se equivocó de ruta y murió por accidente, mordiéndose la lengua; Manzano dejó de ser esclavo y dejó de escribir. La literatura de Armand los reúne en su placa de Petri. Él escribe a partir del hongo: cada página es un canon dañado leído en el destierro.

Viciados como el francés de Montaigne, los ensayos de Campos y Armand continúan una práctica de origen espurio y reiteran que escribir es siempre un descontrol.



ARTURO USLAR PIETRI / ©VASCO SZINETAR

María Pilar Puig Mares

Me encanta el ensayo. Leerlo. Escribirlo. Es un género tan dúctil, íntimo y preciso que permite la reflexión interior, muy propia y privada, junto a la distancia suficiente para evitar la pasión excesiva o el prejuicio. Al escribir un ensayo jugamos con el pensamiento del otro que también somos. Se sabe que el ensayo es un género didáctico, y es muy cierto, pero a quien primero educa es al ensayista porque, o al menos, así me lo parece, partiendo de una primera idea, acaso poco elaborada (aunque inquiete al pensamiento), la escritura va perfilando la reflexión sobre ella, abriendo múltiples posibilidades, negando otras; confrontando, inquiriendo siempre. Y es que el ensayo no permite la certeza, trabaja con la duda y la quimera no para dispararlas, pues poco le interesa la verdad ortodoxa, inamovible, excluyente, sino para aprender de las muchas verdades que se alojan en cada arista surgida de la meditación sobre un concepto, sus opuestos y afines. Sobre la complejidad de la psique humana.

Cada género literario tiene la facultad de ser perfecto para transmitir el asunto, el sentir o la emoción tratada, siempre en compañía del buen ingenio del autor, sobra decirlo; por ejemplo, si nos da por pensar en la fugacidad de la vida o el amor infinito, seguramente la melancolía inundará el alma, también el desasosiego del absurdo; pero la re-

flexión inherente a la escritura de un ensayo, simplemente para tratar de entender esas desdichas, marcará el vaivén de un estado anímico a otro. Pensar en el amor eterno acaso nos ponga algo cursis al escribir; pero, tal vez, opacará la melancolía o el espanto transmutándolos en esperanza. Abrazarse a tal idea pudiera, incluso, resultar un ejercicio de inteligente sobrevivencia, como enseña Camus.

El ensayo también atisba el lenguaje poético, ese que revela cuanto preserva de engaño: *el amor es fuerte como la muerte*, y la vence. Quien escribe aprende sobre el lenguaje prosaico y la poesía. Acaso comprenda que en la frase prosaica y sincera “te voy a querer hasta que me muera... y aún después” se encierra el concepto poético y filosófico más propicio para la especulación profunda sobre el alma, su precariedad, su solicitud de afecto. Entonces, si somos dignos de tal gracia, podremos acercarnos a la Verdad de la Poesía...

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Miguel Gomes

He dedicado buena parte de mi carrera universitaria a investigar la historia del ensayo hispánico y, en particular, la del venezolano. Me sería imposible destacar un solo ensayista o libro: lo que deja resonancias en mí y mis emociones es una tradición marcada por incesantes ciclos de renovación.

Andrés Bello fue acaso el primer venezolano que usó el término *ensayo* en su sentido literario moderno, y uno de los primeros que cultivó la forma de modo memorable –recuérdense las piezas breves que publicó en revistas y periódicos. Desde entonces la riqueza a la que me refiero se puede constatar en nombres como los de Pedro Emilio Coll y Manuel Díaz Rodríguez, nuestros grandes modernistas; los de Mariano Picón Salas y Arturo UsLAR Pietri, en el período posterior telurista; cuando los temas estéticos o psicológicos retomaron vitalidad,

aparece la tríada imprescindible de Francisco Rivera, Eugenio Montejo y Guillermo Sucre; en nuestros días, la oscilación entre los cauces temáticos anteriores nos depara labores como las de Miguel Ángel Campos, Gisela Kozak, Marina Gasparini, Antonio López Ortega o Luis Pérez Oramas. Apenas estos autores que la brevedad me fuerza a seleccionar bastarían para aseverar que Venezuela es un país que descuella en el contexto hispanoamericano sobre todo por este género, aunque últimamente se insista en anteponerle otros.

Quizá el equívoco se deba a un desengaño reciente de nuestra condición moderna, explicable por el colapso de los relatos matriciales de un Estado que no supo cómo administrar sus recursos ni consiguió articular un proyecto coherente, lo que precipitó el desvarío de 1998. A diferencia de la lírica, la narrativa

o el teatro, el ensayo es hijo estricto de la modernidad, nacido cuando la prosa argumentativa preexistente se topó con el sujeto “privado” que empezaba a articularse en el Renacimiento. Entre coloquios o epístolas doctrinales, entre sermones, crónicas, tratados o centones eruditos, surgió una nueva manera de reflexionar que plasmaba la intimidad de un yo empeñado en no reclamar para sí la autoridad de la ley, la ciencia o el dogma religioso. Un yo opinante, doblegado por el “peso de la poesía”, como afirmaba Montaigne, pero que se atrevía a incursionar en diversas áreas del saber. Tal vez cuando se restablezca nuestra confianza en el presente aprendamos de nuevo a conceder importancia a quienes piensan y nos piensan, a individuos que hacen del tanteo y la indagación una vía de abordar la escritura creadora.

María Ramírez Delgado

Todo ensayo es un estremecimiento

Para el autor una intuición nace de la sacudida de una lectura. Para el lector, un ensayo puede ser un murmullo, otras veces un grito, dependiendo del tema, que despierta dudas o las despeja. Casi nunca un ensayo queda indiferente, sino que sus palabras, libres y viajeras, acompañan y, similar al recuerdo de una conversación confidencial, nos siguen hablando para decirnos con los años, mucho más de lo que recordamos del primer encuentro, por eso, volvemos a él.

Como lectora, resuenan en mí sobre todo los ensayos sobre temas cotidianos, esos que me sorprenden al presentarme un hecho, una situación que se torna extraña y nueva. Por ejemplo, aquellos que invitan a revisar un sonido o algún aspecto de la ciudad, o los ruidos que hace un vecino al otro lado de las paredes de nuestra casa. Los ensayos que hablan sobre la casa me resultan particularmente intrigantes.

Pienso en ese libro *Caracas física y espiritual* en el que Aquiles Nazona reflexiona sobre “Las ventanas de Caracas” y me traslado a una ciudad menos caótica y desconocida, pero que parece que compartimos en una espiritualidad del espacio. Puedo sentir las alas de una de esas altas ventanas

del centro de Caracas, me siento en su dintel y saludo al conductor de una carreta con caballos que nunca veré.

“Memoria y alma de la casa”, de Hammi Ossott, me revela una casa en movimiento, una casa que está viva, *que fluctúa*, a través de sus habitantes. Los salones y los objetos se hacen tangibles y murmuran una infancia que no es mía, pero que se parece. Se revelan las historias de los objetos y comparto con su autora una emocionalidad que hace míos unos recuerdos ajenos.

También, gracias al ensayo, he descubierto el hogar interior, ese al que me invita Elizabeth Schön en *La granja bella de la casa*, donde, desde lo poético y lo aforístico, me hago partícipe de sus especulaciones: “El pensamiento se desliza, dándole cabida a la invasión de la materia” y el *Ser* que se asoma se encuentra con el afuera que lo reclama, es esa casa hecha de palabras.

He dicho que todo ensayo es un estremecimiento, pero no hay que olvidar que ese estremecimiento es una comunión, una interrogante, que nos obliga a preguntarnos por nuestro propio pensamiento, ¿qué hay en mí que pueda ser estremecido por las palabras de otro?

María Josefina Barajas

Ensayo, crónica y crítica literaria

Los ensayos de Oscar Rodríguez Ortiz donde plantea la aparición del ensayo en Venezuela bajo distintos géneros textuales, entre ellos la crónica, y el de Miguel Gomes, acerca de las diferencias estables entre el ensayo y la crítica literaria en Hispanoamérica, forman parte de un conjunto de textos ejemplares para comprender a gusto ese género en su forma y en sus relaciones con otros tipos de textos de la literatura de reflexión hecha en español.

Que Rodríguez Ortiz diga, hacia finales de los años 80 del siglo pasado en su libro *3 ensayos sobre el ensayo venezolano*, que este último “viene en la crónica” publicada en los periódicos, “pero con un adjetivo: literaria”, porque “es tiempo, es decir, momento del tiempo: lo que pasa, lo que se experimenta ante su duración, la conciencia que refleja en ambas” creaciones es sencillamente lúcido, es muestra de lo adelantado de sus reflexiones acerca de la crónica periodístico-literaria y del ensayo venezolano. Este, por cierto, también se desliza en el artículo de prensa “hasta como ‘pequeño arte’”, en el discurso oratorio y en las cartas, nos dice Rodríguez Ortiz. En los cuatro está el *acto de pensar sobre algo*; en los dos últimos hay además un “yo que se disimula en el tú, [que] se comunica con el ausente (su destinatario migra-

torio)” (*passim* p. 23).

Con el subterfugio de hablar a otro, al *ausente*, Gomes deshace, precisamente a través de una epístola suya, titulada “Carta a un amigo sobre el ensayo y la crítica” publicada en 2023 por *Latin American Literature Today* (Núm. 25), varios malentendidos acerca del ensayo y la crítica literaria. Por ejemplo, le dice a su “estimado amigo F.”, destinatario de su carta, que es forzoso el pretendido deslinde entre “la subjetividad, el goce y la ironía” del primero y la “ardua metodología” de la crítica cuando se deja de lado que esta no requiere de escritura, solo del habla con sus apasionantes posibilidades de interlocución directa. Por ello, le dice a F.: “en numerosas oportunidades, en nuestras conversaciones, tú y yo [...] hemos practicado [la crítica] sin dejar rastro de tinta, solo buenas memorias [...]”. El ensayo, en cambio, jamás es oral, pese a que pueda leerse en voz alta” (párr. 3).

Oscar Rodríguez Ortiz y Miguel Gomes aclaran malentendidos sobre la escritura del ensayo, entusiasman, con conocimientos seguros y claros, a los lectores interesados en saber y en aplicar lo aprendido cuando se refieren al ensayo. Un “género demasiado joven”, “todo un mocetón” que “no llega al medio milenio”, como afirma Miguel Gomes.



MIGUEL ÁNGEL CAMPOS / ©EDNODIO QUINTERO

Pedro Plaza Salvati

Las Maniobras elementales de Roberto Echeto

Maniobras elementales honra el singular espíritu del Premio Anual Transgenérico en el que compiten distintos géneros literarios. Roberto Echeto, galardonado en el 2015, concibió un libro de ensayos que va desde la poesía, los aforismos, el radiograma hasta abordajes narrativos más convencionales. El autor experimenta con las formas pero tiene la habilidad de no crear barreras de lectura; no cae en la tentación del tremendismo *esnob*. Al mismo tiempo, al alejarse de los academicismos no pierde rigurosidad en la investigación; lo que se ve reflejado en la amplia bibliografía que acompaña a cada una de las cuatro partes en las que está dividida la obra. Los puntos de vista oscilan entre una primera persona cercana; una tercera persona próxima a la primera; y, a menudo, la forma epistolar para interpelar al lector.

El interés por la música (desde John Coltrane hasta Motorhead), las artes plásticas que crean rupturas y la poesía (tanto la prosa poética como el entendimiento de lo que es la poesía) son las corrientes que predominan en el texto. Sin embargo, su ojo observador ve más allá de lo aparente y también aborda temas tan variados como los rasgos de la personalidad de Caracas; la vida del escritor; la naturaleza de las escaleras, los elevadores o los árboles; hasta una guía breve para reconocer ciudades enfermas.

Cuando acude a la prosa poética nos conmueve al abordar temas como el desarraigo y la ausencia: “El aire está lleno de huecos. A donde vayas los verás. Nadie que se haya quedado en la patria puede dejar de verlos. No son

sombras. Son huecos que se mueven y que tienen la forma de los que se fueron”. Y de lo poético a la contundencia de los aforismos: “El humor es un detector de incongruencias conceptuales”.

A lo anterior se suma como sello de identidad estilística el intercalarse párrafos con frases cortas. Ello arroja fuerza a lo expresado. La escritura supone la creación de ritmos y la música, como la literatura, requiere además de silencios. Enfatiza la importancia del silencio, tan menospreciado en Caracas: “Deberíamos tener párpados en las orejas”. Al ahondar en la ciudad Echeto la detecta llena de taxistas patafísicos; edificios con ínfulas de rascacielos; centros comerciales de escalas ciclópeas con una sola puerta; muros coronados de alambres y espinas; gente feliz rodeada de pistolas; calles tristes con postes sin luz y vallas muertas.

La obra de Roberto Echeto nos recuerda el espíritu subversivo de *Hambre de realidad: un manifiesto* de David Shields; libro centrado en el compromiso del arte con la realidad a través de la exploración de géneros híbridos como la poesía en prosa y el collage literario, en el que se mezclan citas del autor con múltiples fuentes. *Maniobras elementales* se convierte así en el manifiesto personal de Roberto Echeto sobre una época determinada. Sobrevivir en Caracas, cabe destacar, requiere de maniobras elementales: es fácil descarrilarse ante las adversidades y perder de vista el equilibrio espiritual. Como dice el epígrafe: “Lo que importa es la luz”.



VICTORIA DE STEFANO / ©VASCO SZINETAR

Oriana Reyes

Al profesor Arnaldo Valero

A veces quien se cree dormido está despierto.

Basta recorrer un poco la cortina. ¿Y qué aparece? Aparece el mar
Victoria de Stefano

En el intento de escribir, me fue dado leer un ensayo de Victoria de Stefano con ese nombre: “Escribir”. Un texto en el que se convoca la ineludible relación entre escritura y lectura. Lo que se me hace particular en la reflexión de la autora es la manera de establecer el nexo, tan mencionado, entre estas dos prácticas. Refiere cómo en algún momento perdió su afán de escribir y cómo leer y leer significó entonces “otra manera de verbalizar jugadas”, una frase en la que se detiene para hacernos notar las implicaciones de emplear “verbalizar” en torno a la lectura; si bien se supone que “leer es escuchar”, la palabra sugiere que también es hablar, responder, dialogar. Y en el diálogo, para Bajtín citado por la narradora, se libra la vida. De manera que leyendo se crea, se da continuidad a nuestra voz en la de otros, y se cumple con el imperativo de

Dialogar con la vida

la propia autora “¡Hay que atreverse a preguntar a los muertos!”. Del diálogo, del gesto oral, para De Stefano, surge además “todo lo que podemos ofrecer de más propio para colmar los protocolos de la escritura: en el corazón de la escritura está, toda entera, la crisis de la expresión”. Asumir a partir de este ensayo que leer al igual que escribir es un ejercicio de invención que surge de la comunicación con el otro, una práctica que exige una forma de comunidad, es para mí un hallazgo que agradezco y que me hizo preguntarme por qué frustrarme en el intento de escribir si la palabra persiste en la tradición que se lee. Por suerte, encontré en la misma Victoria de Stefano una respuesta, en su ensayo “Un sujeto volcado al fluir de la vida”, cuando se refiere a la actividad del escritor como “una escuela de formación en la receptividad de lo singular y en el ejercicio de la tolerancia como contrapeso a las formas afirmativas y universalizadoras del poder”. Resistir expresando la singularidad, la del otro y la mía propia, me parece una razón suficiente para seguir intentando dialogar con la vida. Tal vez en algún momento consiga recorrer un poco la cortina.

Nelson Tepedino

El ensayo, esplendor de la verdad

En los años de mi formación filosófica dominaban el ambiente académico las filosofías analíticas y del lenguaje, que tenían una cierta tendencia a identificar el rigor del pensamiento con un estilo astringente, rigidamente lógico, que no admitía lo que no sin cierto desprecio se llamaba “literatura”. Siguiendo una tendencia que se ha venido imponiendo en las universidades, la filosofía y otras “humanidades” han tenido que mimetizarse con los procedimientos formales de las tecnociencias y, por lo tanto, a privilegiar como modo de producción la publicación en revistas arbitradas de circulación internacional, que obedecen a la idea de que el método científico o, al menos, algo similar, es lo único que garantiza que pueda arribarse a la verdad. La confluencia de ambas cosas hacía que a mí, que tengo un temperamento más bien inclinado al goce estético de la literatura y, además, hacia la metafísica y la teología, todo aquello me resultaba indeciblemente árido e insatisfactorio. Así que mientras absolvía mis desérticas obligaciones escolares con resignada obediencia, cursaba una especie de carrera paralela leyendo otras cosas que sí hacían que me “ardiera el corazón” (Lc 24, 32). Esas otras cosas eran, justamente, la poesía y el ensayo.

Atemperaban entonces la aridez del *pensum* los ensayos de algunos grandes maestros, que no eran, naturalmente, exclusivamente venezolanos. Pero, entre ellos, recuerdo que aprendí a comprender a mi país y a verlo como una nación cultural leyendo a Mario Briceno Iragorry y a Mariano Picón Salas, que son, justa y principalmente, ensayistas. También luchaba con los textos de Luis Castro Leiva, que por entonces había publicado *De la patria boba a la teología bolivariana*. Me viene vivamente a la memoria un breve ensayo de Rafael Tomás Caldera titulado “Ciudad posible”, que me enseñó cómo puede articularse literatura y filosóficamente la experiencia de una realidad concreta –en este caso, la ciudad–, para elevarla al ámbito del pensamiento. Asimismo, *En torno al lenguaje*, de Rafael Cadenas, *Espiritualidad y literatura*, de Juan Liscano y los ensayos de Francisco Rivera (entre otros), me sugerían que el ensayo como espacio de libertad estética y creadora no estaba reñido con el rigor en la búsqueda de la verdad. En aquellas lecturas, el pensamiento reverberaba en la belleza. Y es que, ciertamente, la filosofía puede pensarse y vivirse como un *ensayo* para encontrar el *esplendor de la verdad*.

Nasly Ustáriz

En torno al lenguaje

En tiempos como los actuales, donde el gentilicio se ha vuelto nómada, ese territorio común que es *Papel Literario* nos plantea el reto de hablar en primera persona sobre el ensayo en nuestro país, y a riesgo de incurrir en una obviedad, lo primero que vino a mi mente al aceptar el reto, fue *En torno al lenguaje* de Rafael Cadenas. Es muy revelador que este ensayo tanto citado, un clásico en toda regla, haya sido mi primera opción, entre los muchos, ricos y variados textos ensayísticos que pueblan el ADN cultural venezolano, no solo porque su autor sea, ante todo y antes que nada un poeta; sino, más bien porque creo que sintoniza con mi ánimo actual.

Después de una experiencia inmersiva de años en aspectos super técnicos de moneda y banca como demandaba la titánica tarea de escribir una tesis doctoral, anhelaba volver a *la literatura*. Pero, curiosamente, el retorno no fue con alguna de las novelas que aguardan en mi mesita su momento de ser leídas, sino que volví a través del ensayo de Cadenas, esa reflexión sobre *nuestra* lengua a medio camino entre un texto académico y uno literario, ese manifiesto por la causa humanista que es *En torno al lenguaje*, para releerlo una vez más.

Es probable que el empacho de libros y ensayos de derecho, economía, historia, me hicieran añorar la experiencia lectora en estado puro, desatendida en los últimos años de desvelos académicos. Necesitaba volver a reencontrarme con otros textos, mis ojos estaban ávidos de descifrar otras letras que formaran palabras en las que resonara una musicalidad y una belleza a las que me siento incapaz de renunciar. Y, releyéndolo encuentro aquello que dejó eco en mí, gracias al pecado venial, pero salvador, de subrayar los pasajes que me cautivan o interpelan. Redescubro en este clamor por el rescate del español que hablamos en Venezuela, lo primero que quiero volver a leer porque necesitaba recordar que “Además, el lenguaje no solo le da su rasgo más característico al hombre: también lo configura”.

He aquí pues mi breve contribución en tiempos en los que otras urgencias, fantasmas muy reales y más próximos a mis temas técnicos, como moneda o inflación, asaltan nuestras maltrechas prioridades. Quiero recordar al poeta, su viva, elocuente reflexión sobre la manipulación del lenguaje, el sinsentido que la ideología nos impone y sigue imponiendo, su frontal crítica al totalitarismo verbal. Es que, en tiempos de manipulación grotesca del discurso público, de colapso económico y moral, no quiero olvidar la interrelación que sé que existe entre “el idioma, nuestra casa interior”, y nosotros mismos; una relación que no esté marcada por el dominio, el utilitarismo, la depredación. Por eso acudí a Cadenas, porque, como bien nos recordaba otra ensayista descomunal en nuestra misma lengua, Irene Vallejo, quien dio un vuelco de *bestseller* al género: “En épocas convulsas, lo escrito actúa como depósito fiable de las ideas que nos anclan y nos rescatan”.

1 Reflexión sobre el ensayo, a partir del clásico texto de Rafael Cadenas, *En torno al lenguaje*, Otero Ediciones, Editorial CEC, 2009. Citas de las pp. 25 y 47.

2 Irene Vallejo, *Manifiesto por la lectura*. Siruela, Biblioteca de Ensayo 2020.

Mirla Alcibíades

El ensayo en Latinoamérica

Cuando menos en Venezuela, es práctica comúnmente aceptada tomar los *Ensayos* de Montaigne para dar comienzo al estudio sobre el género. Al hacerlo, suele ser pasado por alto un hecho por demás transcendental para nosotros, los latinoamericanos.

Sucedió en 1928. Ese año se concretó la publicación en Buenos Aires de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Y, también, fue público el fenómeno limeño que tomó título en *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui.

¿Por qué ambos pensadores consideraron que cultivaban el género ensayístico?, tendríamos que preguntarle. Hasta donde conozco, ninguno se detuvo a ofrecer a sus lectores ese examen. Siendo así, tendremos que derivar de ambos escritos qué principios orientadores obtenemos. Por tal razón, me atrevo a enumerar los rasgos que juzgo definidores de ambos volúmenes.

En primer lugar, encontramos una fórmula expositiva que está pensando en un público de amplio espectro. En tal sentido, podemos imaginar un receptor que va desde el estudiante que busca reflexiones no resueltas en el aula de clases, los lectores en general que se muestran ávidos de familiarizarse con materias que han ganado interés en los espacios públicos, hasta el obrero que quiere conocer la realidad

cultural que vive. En suma, se trata de textos que construyen contenidos desacostumbrados.

En segundo lugar, esos contenidos manifiestan interés en particularidades latinoamericanas (en el caso de Henríquez Ureña) o propone un modelo intelectual de una realidad nacional (la peruana, en lo que concierne a Mariátegui). En este último caso, el modelo propuesto puede derivar en su aplicación a otras realidades nacionales del continente. Vale decir, piensa en su instrumentación inmediata.

En tercer lugar, no se privilegia el circuito académico. En su momento, esos ensayos surgen con evidente propósito disruptivo. Inducen al lector a pensar distinto. De ahí su función creadora.

En cuarto lugar, encontramos una característica común a ambos textos: tuvieron una primera versión en la prensa diaria. No es para desestimar este hecho pues, bien mirado, el escrito se deslaza de academicismo para favorecer un lenguaje más accesible, sin que esto signifique que se renuncia al rigor conceptual y a la elegancia del estilo.

Podría continuar derivando consecuencias de las propuestas de estos intelectuales nuestros. Pero, en aras de la brevedad, dejo cerrado este abordaje con las ideas que asomo como tímido esbozo.



RAFAEL CADENAS Y GUILLERMO SUCRE / ©VASCO SZINETAR

Sagrario Berti

Suwon Lee, *Mr & Mrs*. Fotoensayo visual

En este momento donde el fotolibro es un género autónomo en las artes visuales contemporáneas, elijo el libro *Mr & Mrs* (2024) de la artista coreano-venezolana Suwon Lee, donde un sistema narrativo hecho de fotos puntualiza sentidos. Propongo analizar esta publicación como una experiencia de lectura ensayística.

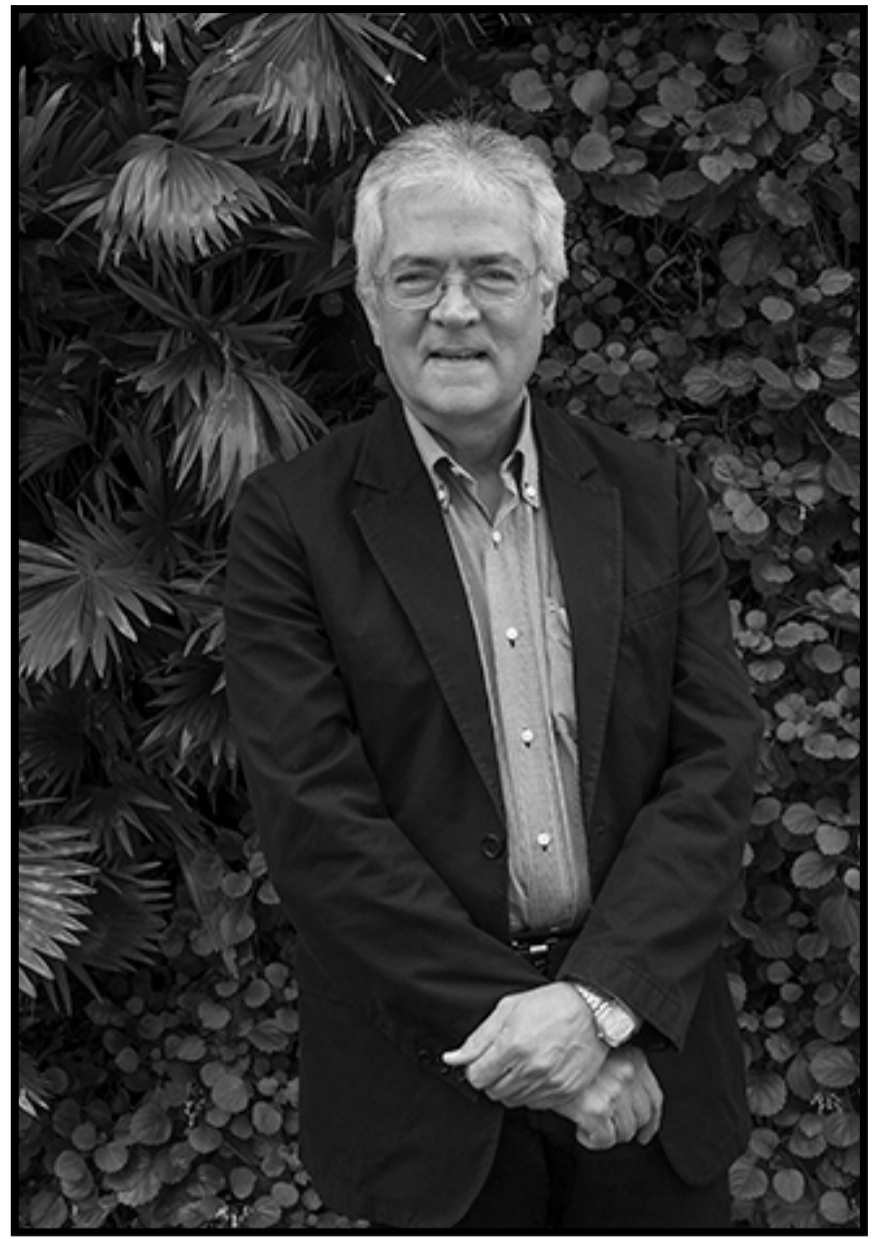
En *Mr & Mrs* Lee ha seleccionado fotos domésticas de los álbumes de su abuela para darle forma de ensayo a la publicación. Combina en las páginas dos coordenadas polares hechas de referentes opuestos y construye dos secciones. Cada porción está conformada por noventa y un retratos de la cara del abuelo (Kyung Shik Lee) y el mismo número de fotos de la cara de la abuela (Chung Hwan Park). La artista desarrolla una estrategia discursiva basada en un eje encadenado de tiempos. Tiempos *anudados* en una línea de ciclos: imágenes de infancia, adolescencia, madurez y vejez que se *desanudan* cuando lo hojeamos. Simultáneamente, Lee configura una unidad

donde el todo vale más que cada parte y el fotoensayo no solo es una unidad visual, es una unidad asociada a la falta de reciprocidad en una relación conyugal, acuciosamente puntualizada en expresiones cortas, escritas por el español Horacio Fernández. Las palabras del investigador están atravesadas por dolencias o por padecimientos; por un lado, enuncian los sentimientos de Chung Hwan Park en relación a su vida en pareja; por el otro, declaran la vulnerabilidad de Kyung Shik Lee. Fernández traslada la versión intersubjetiva de la autora sobre ellos; en consecuencia, las frases configuran un relato a través de otro, son una interpretación de la oralidad de Lee, similar a una traducción libre. Igualmente, en el fotoensayo, imágenes y textos interactúan, funcionan como agentes simbióticos, se animan entre sí para originar tensiones narrativas, entre página y contrapágina.

Mr & Mrs fue diseñado por Jaime Narvaéz, tiene un lomo dividido en dos tonos de grises y dos portadas.

Una de ellas, reproduce las indeterminadas formas del pixel (*Mrs*); mientras que la otra (*Mr*), simula la morfología granulada de los cristales de plata de una fotografía analógica en blanco y negro, cuando la vemos bajo un microscopio simple. Al tener dos caratulas la publicación está modulada por dos comienzos que funcionan como paratextos, nos orientan en la dirección de la lectura. En la mitad del ejemplar está impresa a doble página una foto del matrimonio. Aquí confluye y bifurca el revés y el derecho. Para leerlo, el lector atento, al llegar al centro, está obligado a girar la publicación y es el formato pequeño del volumen el que permite voltearlo, casi con una sola mano. Pero no importa por dónde iniciamos la lectura. En esta publicación Suwon Lee da forma a un experimento visual ensayístico, valiéndose de la seriedad como herramienta narrativa.

Mr & Mrs es una publicación coeditada por RM (España) y Goma Editores (Argentina), 2024.



VÍCTOR GUÉDEZ / ©VASCO SZINETAR

Sara Maneiro

Víctor Guédez: el aforismo como espejo del arte y del pensamiento

En su obra más reciente, *El arte dentro del marco y el aforismo frente al espejo* (Óscar Todtmann Ediciones, 2024), Víctor Guédez retoma y profundiza una línea de reflexión que ya había iniciado en *El arte de los aforismos y los aforismos sobre el arte* (Fundavag Ediciones, 2012). En estas dos publicaciones, Guédez despliega una indagación rigurosa y apasionada sobre el aforismo, no solo como forma literaria, sino como herramienta crítica, filosófica y estética. Su aporte al campo del arte se manifiesta en la capacidad de entrelazar pensamiento y sensibilidad, síntesis y profundidad, en un género que, por su brevedad, exige una densidad conceptual inusual.

Desde las primeras páginas de su más reciente libro, Guédez relata el devenir de su acercamiento al aforismo como un proceso de búsqueda y hallazgo, de descubrimiento y revelación. Define al aforismo como una forma que anida creencias, intuiciones y pensamientos, y que conjuga dos virtudes esenciales del ser humano: la humildad y la sabiduría. En palabras que evocan a Cioran —“Más que en el poema, es en el aforismo donde la palabra es Dios”—, Guédez reconoce en estas sentencias breves una potencia reveladora que trasciende el tiempo y el espacio.

El aforismo, según Guédez, es al mismo tiempo espejo y marco: refleja lo que somos y encuadra lo que pensamos. Su brevedad no es limitación, sino virtud; su autosuficiencia, una forma de resonancia. En sus páginas, el autor ofrece no solo una colección de aforismos propios, sino también una antología de voces que han reflexionado sobre el arte y el aforismo, ampliando así el horizonte de comprensión de ambos campos.

La obra de Guédez se convierte en un compendio de síntesis reflexivas que invitan a la introspección y al diálogo. En tiempos donde la reflexión parece ceder ante la banalidad, su propuesta ensayística se erige como un llamado a recuperar la profundidad del pensamiento artístico. Su visión del aforismo como forma de conocimiento y como vehículo de una cosmovisión crítica y poética, constituye un valioso aporte a la teoría del arte contemporáneo.

Ramón Piñango

Las múltiples posibilidades del ensayo

En esencia, los ensayos son textos muy diversos que exponen ideas o propuestas sobre un tema de particular interés para su autor en determinada circunstancia. El ensayo constituye un medio efectivo para expresarse en una vasta diversidad de disciplinas o áreas de interés particular. La historia ha demostrado que los ensayos que dejan huella muchas veces repercuten en otros medios de expresión o comunicación.

Hay ensayos para todos los gustos de quienes aman o necesitan escribir o leer, por razones personales o profesionales. Como sabemos, hay escritores particularmente famosos por sus ensayos. Es admirable cuando los ensayos de un escritor son leídos por personas o sectores sociales muy diversos. Quienes disfrutamos leer ensayos tenemos escritores favoritos. La fama de los ensayistas puede ser positiva o negativa, todo depende de los lectores y sus creencias o puntos de vista. Estamos siempre pendientes de la próxima publicación de nuestros autores favoritos.

El impacto que tienen los ensayos depende no solo del *contenido*. Es frecuente que la *forma* como se expresa lo que se quiere decir determine que lo escrito quede en la memoria del lector y sea fácil de recordar y citar. Cuando hablamos del *contenido* de los ensayos, es pertinente considerar la diferencia entre creencias o supuestos básicos con raíces profundas en una sociedad. Esos supuestos constituyen la base fundamental de la acción. No solemos revisarlos o repensarlos. Son implícitos. Podríamos decir que constituyen lo que llamamos “obvio”. No tendemos a cuestionarlos, aunque la historia haya demostrado infinidad de veces que no es obvio lo que considerábamos obvio. Por siglos, era obvio que la tierra era plana y por tanto indiscutible. Hasta la primera mitad del siglo pasado gran parte de las sociedades occidentales consideraban obvio que las mujeres no podían ni debían dirigir hombres, incluso que no debían estudiar en una universidad.

Tendemos a creer que las creencias es un asunto religioso o filosófico. Sin embargo, la historia de la ciencia habla de *paradigmas* que determinan el quehacer científico y de *revoluciones científicas*, noción que acuñó Thomas Kuhn en su obra *La estructura de las revoluciones científicas*. Los paradigmas están conformados por creen-

cias fundamentales en el mundo de la ciencia. La noción de paradigma se extendió tanto que se creó y popularizó la exhortación “hay que romper paradigmas”, como si los paradigmas se rompieran por la voluntad o intención de alguien. Como planteó Paul Feyerabend en su obra *Contra el método*, lo que realmente contribuye a minar el predominio de los paradigmas reinantes es la proliferación de ideas y la libre discusión. Allí radica la importancia de los ensayos. Los ensayos han sido un factor clave en el crecimiento de ideas contrastantes porque han contribuido a repensar las creencias sólidamente instaladas que parecían inmortales.

Contamos con muchos tipos de ensayos con valiosas propuestas sobre perspectivas o prácticas más deseables en la ciencia, la filosofía, las artes, la política, las religiones, en diversos tipos de organizaciones o sobre el convivir social cotidiano.

Al hablar de la *calidad* de un ensayo podemos referirnos, por ejemplo, a la permanencia de su contenido en el recuerdo de la gente, a ideas o frases que se suelen citar, en un amplio sector social o en ámbitos determinados como el académico, el de las artes o el político. Suelo citar esta conocida frase de José Ortega y Gasset absolutamente válida y pertinente, en circunstancias como la que vivimos en países como la Venezuela actual: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”

En cuanto a la *forma*, además de obviedades como la correcta sintaxis, la experiencia también nos ha enseñado que la imaginación es esencial al crear el contenido y la forma. Dos normas muy concretas contribuyen a la comprensión: párrafos breves que planteen una idea con claridad y frases que sinteticen los mensajes que consideramos fundamentales y deseamos que sean recordados y tiendan a ser citados. Todo con un lenguaje que tome muy en cuenta el *público objetivo* que se tiene en mente cuando se escribe el ensayo.

Hoy no podemos escribir sobre los ensayos sin mencionar el impacto que tiene o tendrá en la ensayística el nuevo Mesías: la inteligencia artificial (IA). Parece decirnos: “Permítame pensar por usted”. Más pronto que tarde la historia lo dirá.

Como diría Rubén Blades, *la vida da sorpresas, sorpresas te da la vida*.



SUWON LEE – SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR

Oriette D'Angelo

Arturo Uslar Pietri: Para quien más amó a su país el siglo pasado

Son pocos los ensayistas venezolanos que han tenido en mí el impacto que tuvo Arturo Uslar Pietri. Estudié su obra como parte del pènsium de literatura venezolana que se enseñaba en mi colegio, donde Uslar Pietri contaba con su propio capítulo debido a su trayectoria e impacto en la vida política y cultural de nuestro país. Recuerdo, vivamente, que fue uno de los autores que me hizo querer ser abogada y escritora. También hubo un tiempo en el que quise dedicarme a la política, tiempo en el cual todavía teníamos la promesa de un cambio de país, otra dirección en la cual gente como yo sería parte del futuro. Leer su biografía era pensar que, con trabajo y dedicación, yo también podría lograr todo lo que él había logrado.

Su texto “Sembrar el petróleo” cambió mi forma de pensar el país. Frases como “la economía destructiva es aquella que sacrifica el futuro al presente”, para hablar sobre la producción petrolera, me hicieron pensar en cómo un país entero había descuidado la agricultura para ceder, entre otras cosas, a la política de la extracción voraz y despiadada. Arturo Uslar Pietri

fue un gran pensador y, en la actualidad, no se lee ni se difunde tanto como debería. Por supuesto, la adolescente que lo leyó a los diecisiete años no es la misma que lo leería hoy a los 34. Sin embargo, admirarlo es lo que me trajo hasta aquí.

Un día, antes de empezar a estudiar Derecho en la universidad, fui al Cementerio del Este con mi abuela y me topé, cerca de la tumba de mi bisabuela, con la de Uslar Pietri. Recuerdo emocionarme y pensar que su tumba debía estar en otro lugar, quizá en un mausoleo junto a otros intelectuales. Su epitafio, escrito por Federico Uslar Braun, me deslumbró: “Aquí descansa quien más amó y dio a su país el siglo pasado”. Tomé una foto de su lápida para mostrársela, luego, a mi profesora de literatura. Ella también se emocionó y me dijo que lo tomara como una señal, que siguiera, por sobre todas las cosas, mis sueños y mis aspiraciones profesionales, que fuese abogada, que me involucrara en la política, que me dedicara a la escritura. Quiero pensar que, de alguna u otra manera, gracias a Arturo Uslar Pietri, la escuché.



TUMBA DE ARTURO USLAR PIETRI, CEMENTERIO DEL ESTE, CARACAS / ARCHIVO

Sonia Chocrón

Rumiar

Cuando era estudiante leía a Bello, a Gil Fortul, a Liscano –menos obligada y más a gusto– y para algunos trabajos sobre la comunicación conviví felizmente con Antonio Pasquali en muchas ocasiones.

Ahora tengo mis temas predilectos, porque ya no me gusta leer para aprender, sino para entender.

Sumo, además, que con lo fugaz del tiempo hoy ya me parece un pecado no disfrutar leyendo.

Así que confesaré tres autoras que he devorado con verdadero placer: Ana Teresa Torres y *La herencia de la tribu*, Gisela Kozak con *Ni tan chéveres ni tan iguales*, y Elisa Lerner y su *Sonrisa detrás de la metáfora*.

En los tres casos ha sido un goce la lectura, una balsa que se desliza suavemente, sabrosamente, sobre las honduras. Con sabiduría, tiento, y aplomo. Incluso con sentido del humor, cosa que se agradece.

Y por otra parte y también, en ellos no siento que recibo una cátedra magistral e indócil, sino que soy parte

de una buena conversación sobre mis propias preguntas acerca de la mujer, la venezolanidad, el país que heredé.

Me he pensado, en los tres.

La reflexión sobre el género, la interpretación del mito venezolano para entenderme, entendernos, la mirada pícaro. Sin la camisa de fuerza rigurosa del capitán de una nave, sino a través del ojo curioso, observador, ocurrente, y asombrado, del grumete.

O como una sesión de psicoanálisis, y los meditabundos y turbadores días de rumiar posteriores a la sesión de la terapia.

Me pregunto ahora que me leo si tendrá que ver el género de las autoras con mi predilección por sus ensayos. Tal vez sea que en la voz femenina me siento menos vigilada.

Una cosa es cierta: me importan estos textos en la medida en que puedo rumiarme, a mí y a mi circunstancia (Ortega y Gasset) en estos días tan confusos para esta humilde y distraída escritora.



RUTH CAPRILES / ©VASCO SZINETAR

Silda Cordoliani

La impronta de Alejandro Salas

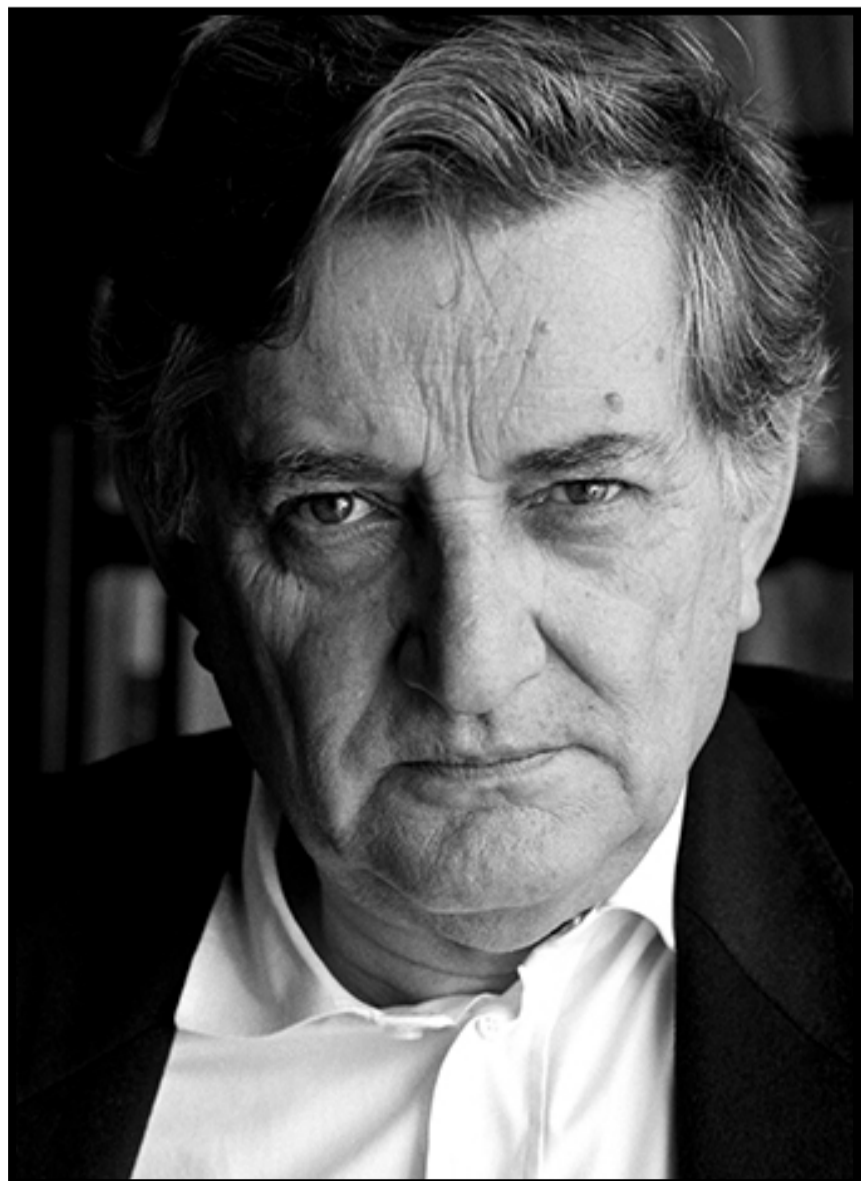
Algunos meses después de su muerte, apareció publicado su primer y único libro de ensayos. Tuvo tiempo sin embargo de participar, junto con su editor y amigo, en la selección de las imágenes que introducen cada uno de los catorce textos que conforman *La gruta de Pope y otros ensayos*. Tal vez este detalle parezca algo vano, pero no lo es cuando se trata de la “impresión” como tema guía: impresión de imágenes (otra forma de escritura), de textos (cargados de imágenes) y, seguramente también, de la impronta que estos dejan en nosotros.

Con este volumen se inauguró la serie Arte y Literatura de la Fundación Metrópolis, un proyecto editorial que por su exclusiva dedicación al ensayo puede considerarse como único en la historia de la edición en Venezuela. Tuvo su origen en el entusiasmo (o más bien “deslumbramiento”) que hacia este género literario despertara Guillermo Sucre en su taller de ensayo de la escuela de Letras de la UCV. En 1992, tres de sus estudiantes (Eduardo Tovar, Roberto Chacón y Numa Tortoleiro) lo iniciaron con la revista *Umbrales*, que alcanzó cinco entregas con un año o más de distancia entre una y otra. Luego vendrían los libros divididos en tres series; dos de ellas: Clásicos y Clásicos Venezolanos, concebidas como antologías de diferentes autores.

En un país donde el ensayo, además de ser un género no muy frecuentado, tiende a preferir temas sociológicos o históricos develadores de nuestra identidad, el libro de Salas destaca como una “extraña joya” (Carlos Yusti). Más allá de los –en apariencia disímiles– motivos de sus textos: el grabado, la poesía, la palabra impresa, los jardines... se despliega una escritura impecable y fluida capaz de seducir incluso al lector menos versado en esos ámbitos. Una escritura donde la admirable erudición pareciera desear solaparse para otorgarle toda la relevancia posible a las fascinantes aventuras intelectuales (y de oficios) que se narran.

El íntimo vínculo de estos textos, que van de Piranesi a Joyce, o de las primeras impresiones en la historia de la humanidad a los jardines como arte y escritura, permite que puedan ser percibidos como capítulos de un único ensayo. Y ese hilo conductor que conecta y cohesionan no hay que buscarlo más allá del propio autor. A todo lo largo del libro, Alejandro Salas no hace más que sumergirse en las pasiones que ocuparon su vida: fue poeta, grabador, exquisito editor e impresor, y vehemente investigador de la literatura y las artes plásticas.

Murió el 19 de julio de 2003. Tenía 43 años.



ANTONIO PASQUALI / ©VASCO SZINETAR

Silvio Salas

La mirada acuciosa de Briceño-León

De acuerdo con Roberto Briceño-León, el oficio de sociólogo no debe servir para absolver a los individuos de sus responsabilidades –excusando sus faltas y fracasos, y endosándoselos a las condiciones de la sociedad–, ni tampoco para someterse a agendas políticas que socaven su carácter objetivo.

En su trabajo ensayístico, Briceño-León busca desentrañar los entramados de la nación venezolana en su sinuoso tránsito a una modernidad híbrida, incompleta y fragmentada. Asimismo, examina la violencia estructural, que se ha traducido en alarmantes tasas de homicidios. También el deterioro de las instituciones, que ha sumido a Venezuela en la anomia.

Los orígenes de los problemas sociales que hoy aquejan al país son explicados en su obra desde una visión amplia e integral. Esta toma en cuenta factores políticos, étnicos y económicos, junto con los catalizadores de grandes cambios históricos, como el descubrimiento del petróleo o, más recientemente, el ascenso al poder de la Revolución bolivariana.

El panorama que dibuja está lleno de verdades incómodas, en donde es el Estado quien genera ingresos para el sector privado y no a la inversa. En el que la renta petrolera parece un maná caído del cielo, en virtud de lo cual no se exige a los gobiernos una correcta administración de la cosa pública. En el que un igualitarismo mal entendido produce inequidades. Pero sobre todo un panorama en el que las dinámicas sociales parecen haber conducido a que saltarse la norma se haya convertido en la norma. Todo mientras desmonta nociones falaces ampliamente extendidas en las ciencias sociales, como que la pobreza es la gran explicación de la criminalidad y la delincuencia.

Briceño-León es un agudo e incansable investigador que se sirve de influencias heterodoxas, aunque suele partir de los padres de la sociología: la triada compuesta por Durkheim, Weber y Marx. Su enfoque crítico honra el espíritu de Lamartine, que decía que siempre que ocurre una contradicción entre la teoría y la sociedad, la sociedad tiene la verdad suprema. Tal compromiso frente a las humanidades en un contexto académico como el de América Latina, tan contaminado por las modas ideológicas de turno y la abierta militancia, posee un mérito singular.

En cuanto a su forma de escribir, esta es amena y accesible sin sacrificar profundidad. Lo que nos demuestra que no se requiere de ofuscación para mostrarse erudito y que contrasta con la aridez de la mayoría de los estudios sociológicos. Se apoya en un amplio bagaje de encuestas y entrevistas; pero siempre emplea ejemplos de personas concretas, que humanizan y aterrizan las ideas, yendo de lo particular hacia lo general.

Thays Adrián Segovia

Tres autoras, cinco lustros

Literatura de ideas, reflexión crítica que permite comprender realidades complejas: dos acepciones del ensayo propicias para acometer la difícil tarea de compartir mi experiencia como lectora de este género y precisar autores u obras significativas. Mi interés en el siglo XXI venezolano me lleva a tres ensayistas que abren sendas para interpretar los cinco primeros lustros: Ana Teresa Torres, Gisela Kozak Rovero y Ruth Capriles.

En *Herencia de la tribu*, Torres (2009) deja ver cómo la retórica del culto a los héroes se actualiza, se resemantiza y ha sido la “piedra fundamental de un imaginario nacional” que mantiene a la guerra de Independencia y a sus héroes en un presente perpetuo: cambia la escenografía, cambian los personajes, pero el pasado sigue allí. Esta diacronía del relato épico y sus variantes finaliza con el discurso de la Revolución bolivariana, explicado por Torres como un relato novelado, con efectos políticos, acerca de la necesidad de refundar la patria, “una saga de héroes y antihéroes, de revoluciones y traiciones, urdida en la coherencia de la ficción”.

Gisela Kozak Rovero (2014), en *Ni tan chéveres ni tan iguales*, reúne ensayos –escritos desde “las libertades que conceden el humor y la ironía”– en los que propone una lectura de frases hechas que remiten a lugares comunes, el cheverismo y el igualitarismo, con los que

se asumen temas sensibles en una época trágica. El militarismo, la violencia, el racismo, la pobreza, el feminismo y el machismo están vinculados por expresiones que en “días de ruido y furia” actúan como máscaras o instintos de supervivencia ante “un déficit profundo de músculo civil, de institucionalidad, de valores democráticos, que nos lleva una vez más en nuestra historia por la senda de la violencia política”.

Con el auxilio de la psicología, filosofía, literatura, politología y mitología, Ruth Capriles (2008) traza una vía para desentrañar la conducta de quienes han ostentado el poder durante este siglo. El *Libro rojo del resentimiento* consta de cinco capítulos en los que la autora analiza la etiología del resentimiento y lo tipifica como una enfermedad incurable entre cuyos síntomas se hallan el sentimiento de inferioridad, la “hostilidad general y difusa”, el desprecio por el otro y “la deliberada acción destructiva” de los posibles sucesores. Así, Capriles describe al chavismo como una reacción emocional que controla los vínculos entre el líder resentido, quienes lo siguen y quienes lo adversan.

A manera de colofón: descifrar la compleja realidad venezolana exige acudir a diversos enfoques, y el ensayo confiere la libertad de combinarlos para ofrecer una interpretación no acabada, inconclusa y sujeta a constantes revisiones (Millán, 2012).

Tomás Straka

Cuando en 1954 la Universidad Santa María, de Caracas, invitó a Mariano Picón Salas a hablar sobre el ensayo, quien ya era considerado entonces –y, con justicia sigue siéndolo hoy– uno de los mayores ensayistas de lengua española, respondió con un poco de precaución, incluso de fastidio. Temía el encasillamiento y las etiquetas fáciles, justo porque van en contra de ese permanente ejercicio de inquisición que es el ensayo. De aquella charla quedó la verdadera *ars poética* de “Y va de ensayo”. Revisito el texto para este número aniversario del *Papel Literario*, hito en el andar del escritor merideño, y no solo encuentro nuevas claves sobre su obra y su destino, sino que hallo luces sobre mí mismo. Si algunas lecturas me han influido, si hay ideas que han ayudado a moldearme y que, muchas veces, siguen bullendo en mi cabeza, me las apacentado los ensayos. Y Picón Salas me explica por qué.

En esto, como en todo, han de confluír muchas cosas, pero hay una que, tal vez, descuelle: la condición de venezolano. Nuestro pensamiento, sobre todo el político y el historiográfico, ha tenido alma de ensayo. Me formé en los días en los que *El Nacional* publicaba cada domingo la columna “Pizarrón” de Arturo Uslar Pietri, que con bastante frecuencia se analizaban en las clases del liceo; y por lo menos cada quince días salía la columna de Germán

Con alma de ensayo

Arciniegas, la de Mario Vargas Llosa y la de Tomás Eloy Martínez. Cuando, en las clases de literatura del liceo Gustavo Herrera descubrí que aquello se llamaba ensayo, y leímos a Azorín (sí, ¡Azorín en un liceo público!), ya el amor y el gusto estaban formados.

¿Por qué el ensayo logró tener un papel tan grande en nuestras letras? Lee-mos en “Y va de ensayo”: “el ensayo se desarrolla de preferencia en épocas de crisis, cuando el hombre se siente más confundido y están crujiendo –antes de que emerjan otros– los valores de una vieja cultura”. La crisis, no siempre en el mal sentido de la palabra, sino también en el de avance, ha caracterizado la historia de esta república y nación joven que es Venezuela. Con miedo, confusión, sin tiempo ni recursos para los tratados de un *scholar*; siempre a medio camino entre la creación, artística y ciudadana, la lucha por las grandes cosas y por las cotidianas, como ganarse el pan, hemos encontrado en el ensayo la mejor forma de expresarnos. Tanto así, que hemos creado algunas de las mejores ensayísticas del mundo, en las que, de un modo u otro, todos los venezolanos nos hemos formado. Como escribió Picón Salas en 1954: el ensayo “previene un poco al hombre entre las oscuras vueltas del laberinto y quiere ayudar a buscar el agujero de salida”. Eso ha sido el ensayo para todos. En especial, lo ha sido para mí.

Tulio Hernández

Caracas, la ciudad escondida

Cuando lo leí por primera vez, y miro que lo he leído varias veces, me entusiasmo. Hablo de *La ciudad escondida*, un texto a caballo entre la crónica y el ensayo de José Ignacio Cabrujas. No es una pieza académica, rigurosa, de urbanista o de historiador. Muchas de sus tesis pueden ser rebatidas o puestas en duda. Porque es, podríamos llamarlo así, una manera muy personal, si se quiere arbitraria y hasta caprichosa, de ofrecer una indagación sobre Caracas, la ciudad donde su autor nació y vivió prácticamente toda su vida.

Pero es una pieza que seduce porque es un ejercicio de escritura lúdica, de exploración en la personalidad de la capital de Venezuela y sus habitantes, de reconstrucción de los afectos contradictorios y añoranzas que la misma suscita en el autor y, sobre todo, del tema de la memoria (o de la amnesia) y la identidad (o de su ausencia) en un deslumbrante lenguaje de referentes universales indispensable para la reconstrucción de sus afectos, fascinaciones y desilusiones con la ciudad de sus tormentos que nos seduce como un hechizo dramático.

Entre muchas otras, hay tres tesis que atraviesan todo el escrito. Una, la que define a Caracas —no solo desde el perezjimenismo en adelante, desde mucho antes, desde el siglo XIX— por su vocación para la demolición como nuestro principal sentido arquitectónico. Demoler lo construido, construir sobre los escombros, está en el ADN de la ciudad. Por eso, me permito agregar, a pesar de tener, para el momento de la escritura del artículo, más de cuatro siglos de fundada, la capital apenas si exhibe una que otra huella —sobreviviendo en aislamiento— de lo construido en los siglos XVIII y XIX.

Ese espíritu demoledor Cabrujas lo resume en un divertido desplante: “El Padre Eterno destruyó a Sodoma, asqueado de tanta sinvergüenza y de tanto mal entretenido. Los pobres sodomitas corrían desesperados ante tanto fuego y tanto rayo y tanta tierra abierta. De haber sucedido en Caracas, le habríamos dicho al creador: ¡Buena idea! ¡Así la volvemos a hacer!”.

Esta tesis va acompañada de otra, la de la provisionalidad, poéticamente resumida en la frase: “Vivo en una ciudad nueva, siempre nueva, siempre reciente, pero que solo puede conocerse a través de una nueva arqueología”. La arqueología del derribo, agrega líneas después. La arqueología de lo que se ha presenciado y ya no existe. No hay que olvidar que a Cabrujas le corresponde ser testigo del momento en que Ca-

racas deja de ser “la ciudad de los techos rojos”, o el sueño parisino de Guzmán Blanco, para convertirse en la ciudad frenética, de grandes autopistas, túneles, edificaciones elevadas de hierro y vidrio, donde la modernidad se hace símbolo y razón de ser.

Una tercera idea, da cuenta de cómo la ciudad se hizo moderna marcada por la huella de las migraciones masivas, especialmente las europeas —española, portuguesa e italiana—, que fueron dejando su sello, convirtiéndola en un lugar cuyo estilo pareciera no ser ninguno, sino más bien, a la manera de un rompecabezas, la sumatoria de muchos. Incluyendo los heredados de las propias tradiciones nacionales.

Hay un fragmento estupendo, un parlamento casi teatral, que nos ayuda a entender ese período de la ciudad cosmopolita, cuando no éramos como ahora productores sino receptores de migrantes, cuando Caracas era una especie de destino feliz, llena de empleo, oportunidades, modernidad y alegría que convocaba a miles de extranjeros a vivir en ella en búsqueda de una mejor vida. Es la ciudad abierta y dispuesta a incorporar, sobre todo en costumbres gastronómicas y arquitectura, aquello que los nuevos habitantes traían consigo.

El parlamento es alucinado, casi cinematográfico. Dice así: “A veces, asomo la cabeza en el trayecto que me separa de mi trabajo y me hago tan habitual como un florentino. Animo el día con un café italiano, honradamente sudado en una Gaggia sobre el mostrador de una panadería de portugueses, cuya especialidad es el pan gallego (...) y saludo la santamaría de mi charcutero de Treviso, apasionado por las especialidades catalanas. Recorro la buhonería de El Cementerio (...) y escucho en mi reciente memoria la ponderación de un vendedor de cuchillos cuzqueño, realmente impresionado por el que él denomina ‘el eterno filo alemán’. Ingreso a una autopista que bien puede conducirme a Detroit (...) Estaciono frente al automercado Cendrillon, regentado por unos madeirenses, y saludo a la conserje dominicana en el trance de regresar a su patria por una gravedad nagenaria. Entonces, me pregunto, dónde estoy si no en el centro mismo de una historia por la que Erasmo de Rotterdam quebró alguna lanza”.

Lo esencial se resume en una frase: la ciudad que hemos construido es un eterno regreso al futuro.

Publicado en Caracas. Fundación Polar/Oscar Todtmann Editores, 1988.



JOSÉ IGNACIO CABRUJAS – SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR

Wolfgang Gil Lugo

Arturo Uslar Pietri y las profecías de Casandra

La mitología griega nos narra que Casandra, princesa de Troya, recibió de Apolo el don de la profecía. Sin embargo, cuando ella rechazó sus pretensiones carnales, el dios la maldijo condenándola a que nadie creyera jamás en sus augurios.

El arquetipo de este trágico personaje ha dado lugar al término psicológico “síndrome de Casandra”, creado por Gastón Bachelard, en *El racionalismo aplicado*, de 1949, para describir a personas que hacen predicciones sobre el futuro que los demás no creen, lo cual hace que la persona se sienta frustrada. Por una extraña coincidencia, ese mismo año, Arturo Uslar Pietri publica un ensayo visionario, *De una a otra Venezuela*, un escrito breve, pero con la sabiduría indispensable para orientar el desarrollo nacional.

En dicho ensayo, Uslar Pietri establece las bases morales para la construcción del porvenir de la república. La idea principal es su preocupación por la imposición de un país falso sobre un país verdadero. El país falso, la “Venezuela fingida”, ha sido creado por el ostentoso despilfarro de la riqueza petrolera. En cambio, la “Venezuela real” es producto del trabajo honrado de sus habitantes, el cual ha sido invertido de forma prudente.

Uslar presenta una implícita afinidad con la metafísica de Platón. La Venezuela real no posee la realidad que exigen los positivistas, mucho menos los posmodernos. Es real en tanto es ideal. Reside en la parte

exterior de la caverna platónica, al igual que las esencias trascendentes. Mientras que la Venezuela fingida tan solo es una sombra en la pared de la cueva que hace de pantalla cinematográfica.

Podemos imaginar que Uslar, de alguna manera, ha podido liberarse de las cadenas y escalar por la escarpada salida de la caverna. Ya fuera, ha podido contemplar la luz divina. Luego, ha sentido la necesidad de regresar a la oscuridad de la cripta para comunicarles a sus antiguos compañeros de confinamiento que lo que ven son solo ilusiones. Los prisioneros, en lugar de recibir con alegría la buena nueva, se muestran reacios y hasta hostiles. No están dispuestos a abandonar su cómodo cautiverio.

A pesar de ser muy alabado Uslar por su amplia cultura, realmente fue desoiado de forma sistemática por varias generaciones de venezolanos. Uslar promovió la administración con criterio de escasez, en cambio, las fuerzas vivas han preferido la escasez de criterio.

Uslar, el más apolíneo de nuestros hombres de letras, fue bendecido por el dios con el don de la profecía. Podemos conjeturar, por el ejemplo de Casandra, que no complació en algo al dios, y, que, por eso, fue condenado a clamar en el desierto. Eso es una lástima tanto para el propio Uslar como para el destino de la patria. Es difícil no sentir la inspiración que encierra su arenga para la construcción de la Venezuela real.

Violeta Ibarra Bruzual

La herencia de la tribu de Ana Teresa Torres

Desde pequeños en Venezuela nos enseñan a sentirnos orgullosos de la gesta de Independencia. Para nosotros la historia se construye desde lo épico, aunque no es para menos porque realmente fue una empresa titánica.

Pero existen lagunas en la enseñanza de estos acontecimientos, por ejemplo, sabemos muy poco de los civiles que participaron. Por eso no es de extrañar que en el país el discurso heroico sea más importante que el cívico, en consecuencia, si lo relatado no es epopéyico no es considerado un hecho histórico.

De eso trata el libro *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución bolivariana* de Ana Teresa Torres, un ensayo, en el que la autora explica cómo fueron construidos los mitos de Bolívar y el de la Independencia, además cómo ese ideario heroico se convirtió en una pieza importante de nuestro inconsciente colectivo.

Este ensayo está compuesto por un preámbulo y tres partes: “El fundamentalismo heroico”, “Fracturas de la modernidad”, “La Revolución bolivariana como alegoría nostálgica de la Independencia”. A lo largo de cada uno de estos apartados, la autora hace un recorrido por aspectos de la sociedad venezolana a través del análisis de textos de historiadores, sociólogos y psicólogos, además de psicoanalizar características sociales de nuestro país.

En el preámbulo señala que “Nuestra historia es una celebración de los triunfos épicos que deja pocas páginas para los seres anónimos y la construcción ciudadana, con frecuencia silenciada, por no decir despreciada” (Torres, 2010, p. 15), y a partir de esta idea que desarrolla su reflexión acerca de la construcción del mito de la Independencia y cómo se ha convertido en una carga para nosotros.

Es pertinente lo expuesto en estas páginas, sobre todo porque muestra características de nuestra sociedad que en numerosas ocasiones preferimos no admitir que son parte de nosotros pero sí que lo son.

Recomiendo la lectura de este libro, sobre todo en estos momentos convulsionados que vivimos, porque ofrece al lector una visión esclarecedora que permite entender aspectos de nuestra actualidad. Además, creo que a partir de la conciencia de nuestros problemas como sociedad y de aceptarlos como parte de nosotros, podemos generar un verdadero cambio, porque como la misma Ana Teresa Torres comenta: “El imaginario venezolano se mueve entre ambos extremos. Se sitúa en un tiempo oscilante entre la catástrofe y la resurrección”.



ANA TERESA TORRES / ©VASCO SZINETAR

Víctor Guédez

Confieso que, generalmente, la narrativa me introduce en vericuetos de los cuales me cuesta salir y que la poesía me conduce a ilusiones que me distancian de la realidad, en cambio, el ensayo promueve mi concentración a partir de la densidad del concepto, la impronta de lo reflexivo, el sendero de lo estructurado y el insumo apropiado para tomar contacto conmigo mismo, para entender mejor a los otros y, sobre todo, para sintonizar un entorno ante el cual debemos resistir e insistir para superar sus extravíos y aberraciones. En síntesis, siento que, así como la novela se inspira en la imaginación y la poesía se apoya en la ilusión, el ensayo se sustenta en los ideales. Y esto es lo más cercano a mis exigencias intelectuales y a mi vocación espiritual.

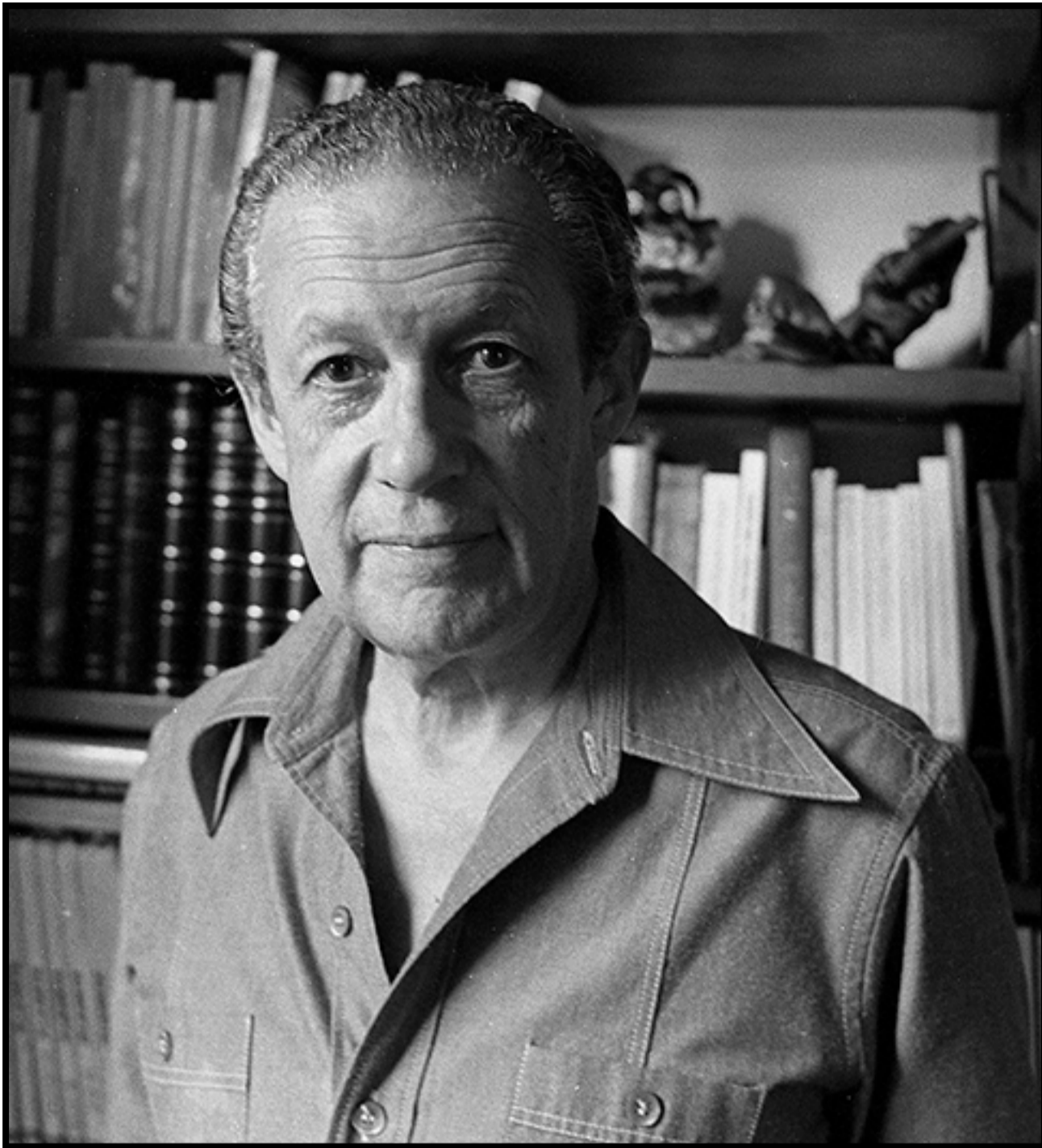
El preámbulo expuesto se reafirma cuando pienso particularmente en los ensayos de Juan Nuño ya que, como filósofo, olfateaba la problemática de lo que le era actual y, al hacerlo de una manera tan aguda y avezada, le otorgaba trascen-

dencia y la convertía en una prolongable temporalidad. Él se acercaba a los temas desde una lejanía abarcadora y a la vez se alejaba de ellos con un esclarecimiento iluminador. Por eso en su momento lo conocían como un “pensador extemporáneo”, porque sus abordajes se colmaban de una vigencia proyectada. Era capaz de ver desde todos los perfiles y con ello demostraba que se puede cambiar de posición manteniendo la misma perspectiva, mientras que no se puede cambiar de perspectiva manteniendo la misma posición.

Nuño encarnaba un torrente analítico que mezclaba el dominio de la técnica literaria con la profundidad de la escucha filosófica. Estas dos fuentes las nutría con un versátil manejo de parejas categoriales que integraban lo perspicaz con lo mordaz, lo insidioso con lo sutil, lo afilado con lo brillante, y lo irónico con lo lógico. Es de suponer que estas habilidades hayan justificado una fuerza cautivadora que lo convirtieron en uno de los articulistas más leídos

y comentados de los noventa.

Aceptaba y celebraba ser parte de la *Escuela de la sospecha*, y así tituló uno de sus libros porque sostenía, inspirado en Nietzsche, que de la combinación de los búhos y de los murciélagos surgía la filosofía como reino crepuscular de la conjetura. Se trata de pensamientos que surgen de lo más hondo y que evitan la complacencia con lo despótico. En sus textos, la ingeniosidad precede y preside toda su argumentación porque sin ella no hay filosofía ni tampoco vida. Lo ingenioso y lo sospechoso le aportaban el asidero para despejar los temas de los riesgos propios de lo que es conclusivo. Esta disposición le proporcionó la reciedumbre para rechazar cualquier forma de totalitarismo y para despreciar a quienes se presentan como los salvadores de la humanidad. Todo lo mesiánico le resultaba despreciable y eso le dio, además de la extendida vigencia de sus abordajes, el legado que ahora asumimos con urgencia quienes compartimos la realidad mundial actual.



JUAN LISCANO / ©VASCO SZINETAR

Carmen Verde Arocha

Una obra fundamental que leí a los 15 años fue *Espiritualidad y literatura, una relación tormentosa** (Barcelona: Seix Barral, 1976) de Juan Liscano. Mi primera lectura de los 7 ensayos que lo componen (“¿Morirá la literatura?”, “Espiritualidad, esoterismo y literatura”, “Rimbaud: vocación del malentendido”, “Hesse, armonía de los contrarios”, “D. H. Lawrence, predicador y apocalíptico”, “Marcos Vargas, héroe y antihéroe del Nuevo Mundo”, “Los últimos, los nuevos tiempos de la literatura”) se complementó con los ensayos críticos que sobre la obra publicara Oscar Rodríguez Ortiz en la revista *Imagen*. Liscano centra su atención en el escritor, quien en la búsqueda de su salvación personal elige la literatura como medio para trascender su cotidianidad, y aunque su obra trascienda, pagará un costo vital. Ejemplo de ello son: Goethe, Nietzsche y Rimbaud. Pero siempre hay excepciones, y es el caso de Borges, a quien Liscano consideraba un asceta de la literatura, por su lírica y por su prosa conjetural, circular, que alude constantemente a la simultaneidad de los tiempos. Liscano, también, reconocía el poder de la narrativa para nombrar y en la poesía veía la facilidad para el diálogo con el espíritu, aunque esta última sea ante todo lenguaje. Para Liscano tanto D. H. Lawrence (el ensayista) y Hesse (el narrador) descuidaban la literatura para comunicar sus prácticas espirituales. En el penúltimo ensayo, centra su atención en el personaje de Marcos Vargas, el héroe de *Canaima*, de Rómulo Gallegos e identifica los rasgos que este héroe tiene con Rimbaud y Lawrence. Dos claves de *Espiritualidad y literatura: una relación tormentosa* son, prime-

ro, su reticencia a la crítica y al juego infinito al que los estudiosos del lenguaje escrito someten la obra literaria, y segundo, la advertencia intuitiva y prematura, también expuesta en otros libros suyos, al presentir y denunciar el riesgo que la cibercultura y los avances tecnológicos traerían consigo, vale decir, una nueva forma de concebir la obra literaria, pues consideraba que son una puerta a la creación de un nuevo Fausto: “La tarea más urgente del literato, desde este punto de vista, sería volver a estar vivo, volver a sentir la realidad como si fuera su piel, aceptar que las cosas que le fueron dadas –los elementos, la naturaleza– no necesitan de él para vivir, más bien es él quien necesita de su entorno. Semejante toma de consciencia implica una gran humildad. Esa humildad se produce cuando acontece dentro del individuo una revolución del alma que lo libere, entre otros aspectos, de la alienación de la literatura misma”. Además, Liscano, acentuaba la importancia del escritor para entender su propia creación, reconociendo que la obra es un modo de huir o trascender la vida, y la vida a veces termina siendo el precio “atroz que se paga para crear la obra”. Ante esta advertencia, Liscano, junto con Blanchot, admite que la literatura debe regresar a su esencia: “si ha de persistir será con profundos cambios”. La desaparición de la literatura de la que tanto temía Liscano, podría ser lo que hoy por hoy sucede con las redes sociales. Su lectura abrió un universo inédito ante mis ojos. Se lo hice saber al propio Liscano, al conocerlo en 1991.

*Las citas, pertenecen a la obra mencionada, próxima a cumplir 50 años.

Isaac González Mendoza

“Hechura del lenguaje”

Conocemos a Rafael Cadenas sobre todo por su poesía, porque ha ganado prácticamente todos los premios esenciales de la literatura en español y por su admirable compromiso civil, pero creo que hace falta mirar más hacia sus ensayos. Yo personalmente suelo acudir a ese pequeño libro ya cuarentón que es *En torno al lenguaje*, hace poco reeditado por la UCAB, en el que el poeta nos advierte de los peligros que corre la lengua entre los fallos del sistema educativo y los medios de comunicación. No me considero un purista de la palabra, menos un experto en el español, pero me preocupa, como pudo haberle pasado a Cadenas en los años 80, que la tec-

nología esté dejando a un lado el interés por respetar ciertos límites de la palabra, o que se olvide de su propia riqueza solo por emplear palabras extranjeras para sonar más jovial o contemporáneo. O que se aguante tan poco la lectura de un libro largo, de 400 o 500 páginas. Sí, está bien explorar *Wattpad* o los títulos de las secciones de lo más vendido, la cuestión es qué tanto nos está quedando de eso que leemos y es ahí que podríamos retomar a Cadenas en su amor por el español para trascender a los algoritmos. Dice el autor, en el citado ensayo, que en gran medida el hombre es “hechura del lenguaje”: le sirve como medio principal de comuni-

cación, pensar y expresar sus ideas y sentimientos, pero también es lo que lo forma porque está unido a él en lo “más hondo de su ser”. Si leemos tan mal hoy día, si se maltrata de manera tan constante el lenguaje, si cada vez parece que nos entendemos menos, cómo está influyendo esto en nuestra propia sociedad, cuánta relación tiene con la mediocridad intelectual de nuestros políticos, qué tanto ha erosionado nuestra ya deteriorada cultura. ¿Tenía razón Ceferino Rodríguez Quiñónez, el ansioso personaje de Eduardo Liendo, en temerle tanto a la pantalla? ¿Cómo enfrentaría él hoy día un *smartphone*? ¿Se sentiría igual o peor de hipnotizado?

Corina Yoris-Villasana

Cecilio Acosta: el visionario que cambió una época

El origen del ensayo en nuestro país puede rastrearse hacia finales del siglo XIX, surgiendo como respuesta a la creciente necesidad de analizar y reflexionar sobre nuestra conciencia nacional. Este género también adquirió relevancia debido a los retos históricos y sociales que definían el contexto del país en aquella época.

Bien decía M. Sambarino que “la identidad de América Latina ha sido un tema recurrente en el pensamiento regional desde el siglo pasado hasta hoy. Su abordaje y las respuestas suelen mostrar una fuerte carga emocional, reflejando una inquietud casi obsesiva”.

Entre las figuras descolantes de este género literario, aunque a veces olvidado, fue don Cecilio Acosta (1818-1881). Si hay algo que caracteriza su aporte a nuestra ensayística, es su trabajo intelectual marcado por el compromiso con su tiempo.

Sus escritos revelan una estrecha comunión entre sus creencias y el profundo amor por lo bello, tan bien expresados en su concepción de la nacionalidad, muy alejada, por cierto, de las manifestaciones chauvinistas que hoy pululan por doquier.

La trayectoria de Acosta marca el final del siglo XIX en una Venezue-

la donde se comenzaron a materializar los anhelos por lograr un país impregnado de valores ciudadanos. Escribió sobre política, economía, leyes, y literatura.

Acosta insistía en la importancia de la literatura, subrayando la literatura como la médula espinal de la civilización, en tanto es quien preserva y transmite la memoria colectiva, trascendiendo en el tiempo. Esta particularidad de Acosta evocó en mí el valioso libro de W. Ziehr, *Esplendor del mundo antiguo. Culturas mediterráneas*, donde el autor resalta que la base de la civilización occidental se encuentra en las orillas del Mediterráneo oriental. Allí, los sumerios, una cultura casi olvidada y relegada en los registros históricos, desconocida para muchos, fueron los pioneros en concebir el gran “elixir de la vida”: la escritura.

Acosta también analiza el rol de los partidos políticos resaltando sus fallas características; esas certeras observaciones no han perdido su vigencia durante este siglo XXI venezolano.

Como ya he señalado, fue un artífice de las artes literarias. Esto se ilustra en su discurso “Las letras lo son todo”, donde sostiene que las letras no solo impulsan la creatividad, sino que

también transforman realidades gracias a su capacidad para dar vida a mundos diferentes.

Entre sus obras más destacadas se encuentra *Cosas sabidas y por saberse* (1856). Escrito en estilo epistolar, versa sobre asuntos de índole política y social características de su momento histórico: “La luz va y viene, la vida es derecho, la palabra vínculo de unión, todas las almas se hacen una sola alma, todos los pensamientos un solo pensamiento”.

En líneas generales, su obra se caracteriza por una aguda crítica social y su énfasis en la educación como agente principal de transformación.

Referencias bibliográficas:

- Acosta, C. (1982). *Obras completas*. Editorial: La Casa de Bello, Caracas, Venezuela.
- Jiménez E., Gabriel. (2007). “Clásicos y románticos. Ensayistas literarios venezolanos del siglo XIX”. Revista *Nuestra América* nº4, 92 - 75
- Sambarino, M. (1980) *Identidad, tradición, autenticidad*. Tres problemas de América Latina, Caracas: CELARG.
- Ziehr, W. (1978). *Esplendor del mundo antiguo. Culturas mediterráneas*, S.A, Barcelona, España: Mundo Actual de Ediciones, S.A.

Beatriz Alicia García

Guillermo Sucre, ensayista

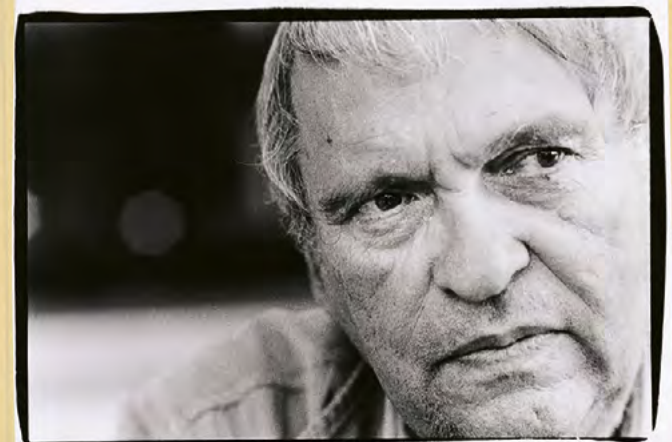
Tendría poco más de veinte años cuando fui alumna del taller de ensayo que dictaba el profesor Guillermo Sucre en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Había leído su poesía, y sus ensayos *La máscara, la transparencia* y *Borges, el poeta*, dos obras fundamentales sobre la poesía y los poetas latinoamericanos. Junto con *El arco y la lira* de Octavio Paz, eran mis libros de cabecera sobre poesía. He admirado siempre en su obra su profundidad, su lucidez, que en clase podía ser verdaderamente tajante. Sucre abrió para mí una nueva forma de interpretar, de entender la escritura poética. Yo sentía rechazo a una visión estructuralista que estaba en boga por aquellos días en la Escuela de Letras, que analizaba los textos quitándoles cualquier atisbo de sensibilidad, centrándose en el análisis textual.

En la obra ensayística de Sucre hay

rigurosidad, una visión crítica en su acercamiento a la obra de la cual nos da su lectura, una visión que incorpora el contexto, el lenguaje, los temas; pero deja resquicios donde aparece la duda, el cuestionamiento de lo dado, lo establecido. En esto hay importantes vasos comunicantes entre su poesía y sus libros de ensayo. Al inicio de *La máscara, la transparencia* se interroga y nos interroga sobre qué define lo latinoamericano, qué hay de mito y de verdad en la manera en que nos vemos a nosotros mismos, si en realidad no hemos terminado viéndonos como nos vio y definió Europa. Concluye que: “La verdadera originalidad, así como la intensidad, no reside en lo nombrado sino en la manera de nombrarlo; no está en lo visto sino en la manera de verlo”. Es esto, precisamente, lo que hace de su obra algo original, indispensable, porque en él nos entrega una manera ver(nos).



81



82

RAFAEL CADENAS / ©LISBETH SALAS